

BOLETÍN

DE LA

REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

TOMO CCXVIII



MADRID
TOMO CCXVIII - CUADERNO I
ENERO-ABRIL 2021

UN VIAJERO ILUSTRE EN CANARIAS: LAS ESCALAS DE FRANCISCO DE ORLEANS, PRÍNCIPE DE JOINVILLE, EN EL PUERTO DE SANTA CRUZ DE TENERIFE

I. INTRODUCCIÓN

Desde el siglo XVI, por su peculiar ubicación geográfica en el océano Atlántico, las islas Canarias han sido un punto de referencia marítimo y un puerto de escala casi obligatorio en todos los trayectos transatlánticos entre Europa, África y América para las rutas marítimas comerciales, los ejercicios navales y operaciones militares y para todo tipo de expediciones científicas, de carácter geográfico y botánico. Fueron muchos los europeos que hicieron escala o visitaron el archipiélago¹, quienes, con su pluma, a través de sus obras, dieron a conocer y contribuyeron sobremedida a consolidar la imagen exótica y paradisíaca de las islas Canarias en Europa, enalteciendo sus bellezas paisajísticas, bendiciendo sus benignas condiciones climáticas para la cura de todo tipo de dolencias y recalcando sus riquezas botánicas y naturales.

Hoy que se nos brinda de nuevo esta oportunidad, hemos querido traer al recuerdo los pormenores de una de aquellas visitas, la primera que realizó a la isla de Tenerife, una de las Canarias, un miembro de la realeza europea², el joven Francisco de Orleans, príncipe de Joinville, hijo del rey Luis Felipe I de Francia. El joven príncipe realizó tres escalas en el puerto de Santa Cruz de Tenerife: la primera, en 1835, como guardia marina, a bordo de la fragata la *Syrène*. La segunda, en 1837, como teniente de navío a bordo del *Hércules*; y la tercera, en 1840, como capitán de corbeta en el trayecto a bordo de la fragata la *Belle-Poule*, en la misión que se le había encomendado para recoger y repatriar los restos fúnebres de Napoleón Bonaparte de la isla de Santa Elena.

1 Entre éstos se encuentran el naturalista Louis Feuillée en 1724, el astrónomo Jean-Charles Borda en 1776, el explorador James Cook en 1777, el naturalista Nicolás Baudin en 1796, el botánico Bory de Saint-Vincent en 1800, o el geógrafo, explorador y escritor alemán Alexander von Humboldt, acompañado del joven botánico francés Aimé Bonpland en 1799. Véase la obra de J. M. LEDESMA ALONSO. *Viajeros ilustres (siglos XVIII y XIX). Relatos del Teide*. Santa Cruz de Tenerife: Puertos del Estado, 2009.

2 Así lo anotó en sus *Anales*, el que fuera alcalde de la ciudad y uno de los principales cronistas del Puerto de la Cruz de La Orotava de Tenerife, José Agustín Álvarez Rixo, el 5 de septiembre de 1837. Véase la obra de J. A. ÁLVAREZ RIXO. *Anales del Puerto de la Cruz de La Orotava (1701-1872)*. M.^a T. Noreña Salto (introdutora). Santa Cruz de Tenerife: Cabildo de Tenerife y Patronato de Cultura del Ayuntamiento del Puerto de la Cruz, 1994, p. 337.

En el contexto histórico español, esta singular visita tuvo lugar durante la Primera Guerra Carlista, momento en el que el pretendiente don Carlos sale de Navarra al frente de 12.000 hombres y, recorriendo Aragón, Cataluña, Valencia y Teruel, toma finalmente Madrid. La denominada Expedición Real, motivada por las supuestas negociaciones que se estaban realizando entre don Carlos y la reina María Cristina de Borbón fue sufrida también por los canarios, cuyos rostros reflejaban la tristeza de esta contienda nacional.

Con todo, la pertenencia de este ilustre viajero a la familia real de Francia, el interés que suscitaba su formación académica y militar, así como la alta misión encomendada de repatriar los restos del emperador, contribuyeron enormemente a envolver los viajes del príncipe de Joinville en un halo pintoresco y heroico, acaparando la atención de la prensa europea de la época; pero sin duda contribuyendo también a llenar de gloria las ansias del gabinete Thiers por mejorar la reputación de la monarquía restaurada, en un contexto de máxima importancia en la historia de Francia, en pleno reinado de Luis Felipe I.

En Francia, el ministerio presidido por M. Thiers sigue afirmándose y popularizándose de día en día. Los restos de Napoleón, a cuya búsqueda marchará el príncipe de Joinville, van a ser trasladados a un monumento digno de su gloria (...). Pero ¿el homenaje rendido por Francia al hombre del siglo, es gratitud o admiración? ¿Cambiaría la Francia el rey ciudadano de julio con la carta reformada, por el intrépido guerrero con la pompa del imperio? Conviene advertir a los pueblos que no ven sino hechos, lo que éstos valen y significan³

2. FRANCIA Y SU MONARQUÍA DE JULIO⁴

La muerte de Luis XVIII, el 16 de septiembre de 1824, y la proclamación de su hermano, el conde de Artois, como Carlos X, abrió para la historia de Francia

³ *El Corresponsal*, núm. 366, 1 de junio de 1840.

⁴ Para un estudio en profundidad de esta etapa de la historia de Francia véase, entre otras: E. CABET. *Revolución de 1830, y situación presente de la Francia*. Barcelona: Bergnes, 1839; L. BLANC. *Historia de diez años, ó sea de la Revolución de 1830 y de sus consecuencias en Francia y fuera de ella hasta fines de 1840*. Barcelona: Imprenta de D. Juan Oliveres, 1846; L. G. MICHAUD. *Historia de la vida pública y privada de Luis Felipe de Orleáns*. Madrid: Impr. y Libr. á cargo de D.V. del Valle, 1850; A. DUMAS. *Historia de la vida política y privada de Luis-Felipe*. Madrid: Tipografía de la Unión Comercial y Literaria, 1852; J. B. CAPEFIGUE. *Histoire de l'Europe pendant le gouvernement de Louis Philippe*. 1862; J. CRÉTINEAU-JOLY. *Histoire de Louis Philippe d'Orléans et de l'Orléanisme*. París: Lagny frères, 1865; O. D' HAUSSONVILLE. *Histoire de la politique extérieure du gouvernement français, 1830-1848*. París: M. Lévy frères, 1850.

un nuevo periodo que concluyó con la denominada Restauración, para dar lugar a la *Monarchie de Juillet*, como se conoce a este reinado de corte liberal.

Si bien es cierto que Francia debió a la Restauración, entre otras cosas, una prosperidad comercial e industrial hasta entonces no alcanzada, un desarrollo considerable de la instrucción pública y de la beneficencia o la creación de las cajas de ahorros, los últimos años del reinado de Carlos X estuvieron, no obstante, marcados por numerosas protestas y por el descontento de los liberales, quienes no vieron con agrado algunas medidas adoptadas por el nuevo rey, entre éstas, una fuerte indemnización a los emigrados y desposeídos por la Revolución, el establecimiento de la censura, el proyecto inoportuno de restaurar el derecho de primogenitura o la disolución de la Guardia Nacional, culpada de insubordinación. Estas circunstancias llevaron al poder, en las elecciones del 4 de enero de 1828, al moderado Martignac, pero las pretensiones de la oposición liberal motivaron una modificación más conservadora de la política, siendo llamado al gobierno el príncipe de Polignac, muy mal acogido por los liberales. Las elecciones de julio de 1830, como era de esperar, dieron la victoria a estos últimos, y el rey Carlos X, no satisfecho con el resultado, trató de aplacar el cambio político disolviendo la cámara antes de reunirse. La revolución estalló sin que la abdicación del monarca, el 2 de agosto, pudiera contenerla.

Días antes, el 29 de julio, había sido constituido un gobierno provisional que decidió nombrar a Luis Felipe, duque de Orleans, lugarteniente general del reino. Así, entrando éste en París a caballo bajo una enorme aclamación popular, el 7 de agosto, reunida la cámara que había sido disuelta, se llamó al duque de Orleans al trono de Francia, quien, con el título de rey de los franceses, tomó el nombre de Luis Felipe I.

La Monarquía de Julio constituyó para Francia un punto de inflexión en su historia. A nivel político, la revolución de 1830 trajo consigo una monarquía que reconocía de nuevo, después del intento de 1791, la soberanía nacional en una constitución, en la que el rey ya no lo era por derecho divino, sino por voluntad de los franceses. Luis Felipe I de Orleans era, así, el jefe del ejecutivo, y compartía la iniciativa legislativa con las cámaras, dejando de ser la de los Pares hereditaria y perdiendo importancia en favor de la Cámara de Diputados. A nivel social, fue también una época de cambios, con la rápida industrialización del país, el comienzo de su expansión colonial, la consolidación de la burguesía como clase dominante y la generalización social de las costumbres y usos burgueses. No obstante, durante este reinado también surgieron nuevas tensiones, sobre todo entre la burguesía triunfante y las clases trabajadoras, que serán la principal causa de su colapso en la revolución de 1848.

3. FRANCISCO DE ORLEANS, PRÍNCIPE DE JOINVILLE⁵

Francisco Fernando Felipe Luis María de Orleans había nacido en el castillo de Neuilly, en Neuilly-sur-Seine, Francia, el 14 de agosto de 1818, y era el séptimo hijo de Luis Felipe de Orleans y de la princesa del reino de Nápoles y Sicilia, María Amalia de Borbón-Dos Sicilias. Por línea paterna era nieto del duque de Chartres, Luis Felipe II de Orleans, primo de Luis XVI, y de María Adelaida de Borbón; por línea materna, era nieto del rey Fernando I de las Dos Sicilias y de la archiduquesa María Carolina de Austria.

Si bien siempre fue conocido por su título de príncipe de Joinville, recibido en su nacimiento, con el ascenso de su padre al trono de Francia, tras la revolución de 1830 que obligó a abdicar a Carlos X, cuando contaba con 12 años de edad pasó a ser príncipe real de Francia, y, por lo tanto, heredero en la línea de sucesión al trono, con tratamiento de Alteza Real. Fueron sus hermanos mayores: Felipe, duque de Orleans (1810-1842); Luisa (1812-1850), después reina consorte de los belgas por su matrimonio con Leopoldo I de Bélgica; María (1813-1839), que contrajo matrimonio con el duque Alejandro de Württemberg; Luis, duque de Nemours (1814-1896), que contrajo matrimonio con Victoria de Sajonia-Coburgo-Gotha, padres de Gastón de Orleans, conde de Eu, emperador del Brasil; Francisca (1816-1818), que falleció de niña; Clementina (1817-1907), que contrajo matrimonio con Augusto de Sajonia-Coburgo-Gotha, madre de Fernando I de Bulgaria; y sus hermanos menores, Carlos, duque de Penthièvre (1820-1828), que también falleció niño; Enrique, duque de Aumale (1822-1897), que contrajo matrimonio con la princesa Carolina Augusta de Borbón-Dos Sicilias; y Antonio, duque de Montpensier (1824-1890), infante de España por su matrimonio con Luisa Fernanda, hija de Fernando VII de España y hermana de Isabel II.

Realizó sus primeros estudios, al igual que sus hermanos varones, en el liceo Enrique IV de París, teniendo como preceptor a Auguste Trognon. Siguiendo los deseos de su padre Luis Felipe, el joven príncipe ingresó en la marina francesa, y tras realizar los correspondientes exámenes de aptitud en la escuela naval de Brest, se embarcó por primera vez, en 1831, a bordo de la fragata *Artemisa*, para, desde Marsella, bordear las costas de Francia y hacer escala en Córcega, Livorno, Nápoles y Argelia. A estos viajes le siguieron otros tantos: en 1834 a bordo de la fragata la *Syrène* con destino a Lisboa, las Azores y Canarias; en 1835 a bordo de la *Didon* con destino a Portsmouth y Cork; en 1836 a bordo de la fragata *Iphigénie* con destino a Esmirna, que le valió el grado de teniente

⁵ Para abordar en detalle la biografía del príncipe de Joinville véase: A. LAUGEL. *Le prince de Joinville*. París: Impr. Chaix, 1900; J. GUILLON. *François d'Orléans, prince de Joinville, 1818-1900*. París: Editions France-Empire, 1990; F. D'ORLÉANS. *Vieux souvenirs (1818-1848) du Prince de Joinville*. París: Calmann Lévy, 1894.

de navío; en 1837 a bordo del navío *Hércules* con destino al Brasil; en 1839 a bordo de la *Créole* con destino a México, para intervenir en la Guerra de los Pasteles y pelear delante de Veracruz con motivo de la declaración de guerra que hizo Francia al gobierno mexicano; y en dos ocasiones a bordo de la *Belle-Poule*, la primera en 1840, con la misión de repatriar los restos de Napoleón Bonaparte de la isla de Santa Elena, y la segunda, en 1842, de nuevo con destino al Brasil, para pedir la mano de su futura esposa.

Contrajo matrimonio, el 1 de mayo de 1843, en Río de Janeiro, con Francisca de Braganza y Austria, princesa imperial del Brasil, hija de Pedro I de Brasil y IV de Portugal y de María Leopoldina de Habsburgo-Lorena, archiduquesa de Austria y hermana del emperador Pedro II de Brasil, quien le dará dos hijos: François (1844-1925) y Pierre de Orleans (1845-1919), con descendencia en nuestros días.

Con motivo de la Guerra Franco-marroquí de 1844, debido al apoyo que los marroquíes daban a Abd-el-Kader en la lucha contra la dominación francesa en Argelia, el príncipe de Joinville comandó una escuadra en las costas mediterráneas, que culminó en un éxito militar para Francia, con la firma del tratado de Tánger, que vino a reconocer la presencia francesa en Argelia, y que le valió el grado de vicealmirante. Sin embargo, la revolución de 1848, que hizo caer a la Monarquía de Julio, le obligó a exiliarse junto a sus hermanos en Inglaterra. Aprovechando su popularidad política, intentó personarse como candidato a una nueva Restauración en Francia, pero sus anhelos fueron rápidamente malogrados por el golpe de estado que subió al poder a Luis Napoleón Bonaparte, emperador de los franceses, último monarca en reinar en Francia, bajo el nombre de Napoleón III.

Tras unos años en Estados Unidos, donde su hijo, el duque de Ponthièvre, y sus sobrinos, el conde de París y el duque de Chartres, ingresaron al servicio de aquella nación, regresó a París con la caída del Segundo Imperio en 1870, y se incorporó al ejército francés con el seudónimo de coronel Lutherod, asistiendo a la toma de Orleans. Sin embargo, descubierta su verdadera identidad, fue detenido por Gambetta, permaneciendo cinco días arrestado en la prefectura de Mans, de donde pasó a Saint-Malo, y de ahí se embarcó de nuevo a Inglaterra. Electo como miembro de la Asamblea Nacional en febrero de 1871, en representación del departamento francés de Haute-Marne, renunció a su escaño en 1876. En el escalafón de reserva, fue sorprendido con la privación de su rango de vicealmirante, en virtud de las disposiciones de la Ley del exilio de 23 de junio de 1886, dictada contra los pretendientes al trono francés y sus hijos primogénitos. Falleció en París en junio de 1900.

A lo largo de su vida fue, además de pintor, autor de varios escritos y ensayos, entre los que destacan: *Essais sur la marine française* (1853), *Études sur la marine* (1859 y 1870), *Guerre d'Amérique, campagne du Potomac*

(1862y1872), *Encore un mot sur Sadowa* (1868) y *Vieux souvenirs*, sus memorias, escritas en 1894, así como una multitud de artículos referentes a historia o marina, que fueron publicados en la *Revue des Deux Mondes*, pero sin la firma del príncipe. Entre sus distinciones honoríficas, fue caballero del Toisón de Oro, Gran Cruz de la Orden de Carlos III, Gran Cordón de la Legión de Honor de Francia, Gran Cruz de la Orden de San Fernando del Reino de las Dos-Sicilias, de la Orden del León Neerlandés, de la Orden de la Cruz del Sur y de la Orden de Pedro I en Brasil, de la Orden de Leopoldo de Bélgica, y de la Orden de la Casa Ernestina de Sajonia; caballero de la Orden de San Andrés de Rusia, de la Antigua y Muy Noble Orden Militar de la Torre y Espada, del Valor, Lealtad y Mérito de Portugal y de la Orden de la Sangre de Túnez.

4. PRIMERA ESCALA EN TENERIFE: EL VIAJE DE FORMACIÓN COMO GUARDIA MARINA DEL JOVEN PRÍNCIPE DE JOINVILLE, A BORDO DE LA FRAGATA *LA SYRÈNE*

En el verano de 1834, cuando el joven príncipe de Joinville contaba con dieciséis años de edad, la prensa francesa anunció que los primeros días del mes de agosto partiría para Brest, donde debía realizar el examen de aptitud de los alumnos de marina en la escuela naval, y que después de dicho examen, se desplazaría a Lorient, en la Bretaña francesa, para embarcarse a bordo de la *Syrène*, fragata de 52 cañones comandada por el capitán d'Oysonville, conocido por haber naufragado a su mando el navío *Superbe*. Se añadía que la fragata iba a realizar una corta campaña de ejercicios navales en las Canarias y las Azores, aunque la intención del rey Luis Felipe era enviar a su hijo, la siguiente primavera, a las dos estaciones francesas del Brasil y de las Antillas⁶. Estaría el príncipe de regreso para el mes de octubre⁷.

Se recordaba también la brillante campaña del joven Joinville, hacía ya tres años en el Mediterráneo, y la audacia de la que había dado testimonio mientras que los fuertes de Palermo saludaban con pólvora el barco de su padre, así como el coraje mostrado en la rada de Argel, mientras que las tropas francesas combatían a tres leguas en el llano de Mitidja. Se anunciaba, con todo, que en esta ocasión, el príncipe de Joinville iba a visitar las islas Canarias y las Azores, posesiones coloniales éstas últimas de la reina doña María, pues había recibido el encargo de su padre de estudiar las costumbres, las tradiciones y el modo de vida de los habitantes de aquellas islas⁸.

6 *Journal du Commerce*, núm. 5881, 30 de junio de 1834.

7 *Le Courrier Français*, núm. 221, 9 de agosto de 1834.

8 *La Gazette de France*, 17 de septiembre de 1834.

Despachos telegráficos de Lorient comunicaron la partida de S. A. el día 17 de agosto, con un tiempo favorable⁹, acompañado en su viaje de M. Trognon, preceptor del joven guardia marina. Tras su paso frente a las costas de Lisboa, corresponsales del *Moniteur* escribían desde Madeira que el joven príncipe había llegado a la isla el 3 de agosto, con un excelente estado de salud, aunque la travesía desde Lisboa había sido penosa por la fuerte marejada. En efecto, el joven Joinville recogería años más tarde en sus memorias un incidente durante aquella travesía:

Un día, encontrándome en la cofa de la fragata, cuando recogíamos la vela debido a una fuerte brisa, un falso movimiento vino a dejarla suelta y se me enrolló en las piernas, elevándome y dejándome boca-bajo. Sin los vigorosos brazos del jefe de vela y de un marino que me cogieron al vuelo, hubiera caído al mar o sobre la cubierta, dos posibilidades igualmente desagradables¹⁰.

No obstante, la prensa aseguraba que Francisco de Orleans no había padecido nada, antes al contrario, “parecía que cada día se habitúa más a las fatigas y a las privaciones de la vida marítima”¹¹.

S. A. R. fue recibido al llegar a Madeira por lord Yarborough, que hacía poco se hallaba en la isla, y quién con la mayor urbanidad había puesto a disposición del príncipe su *yatch* de recreo. Estaba previsto que recalase en la isla unos cuantos días, para a principios de septiembre salir a la mar, pasar por las Canarias, donde visitará la isla de Tenerife, ir posteriormente a las Azores, y después de fondear en la isla de Fayal, regresar a Francia.

El 3 de septiembre, la *Syrène* arribó al puerto de Santa Cruz de Tenerife. Al parecer, tratando de guardar un cierto incógnito, para evitar que se le hicieran los honores que son debidos a su alta jerarquía, o quizás por despiste del comandante de la fragata, éste no comunicó a las autoridades tinerfeñas la presencia a bordo del príncipe, lo que para el ayuntamiento de la ciudad era “una circunstancia que privaba al cuerpo municipal de dar un público testimonio del amor y respeto que por tantos títulos deben tributarse a dicho Serenísimo Señor”¹². En este sentido,

⁹ *Le Drapeau Tricolore*, núm. 213, 23 de agosto de 1834.

¹⁰ F. D'ORLÉANS. *Vieux...*, *op. cit.*, pp. 66-67. Traducción del francés al castellano por el autor del presente trabajo.

¹¹ *Le Moniteur Universel*, núm. 272, 29 de septiembre de 1834.

¹² El Boletín Oficial de la provincia de Canarias publicó dichas informaciones en su suplemento del 10 de septiembre de 1834, con inclusión del escrito del ayuntamiento, así como la respuesta del Sr. Trognon, en nombre de S. A. al cuerpo municipal. Igualmente se transcriben otros datos, como la carta enviada por el Sr. C. Guigou, acerca de los pormenores de la visita del Príncipe de Joinville a las Mercedes.

el ayuntamiento, presidido por José Crosa, acordó cumplimentarle por escrito, como lo hizo, por medio de la correspondiente felicitación que se le dirigió por conducto del cónsul de Francia en esta provincia, cuyo tenor era el siguiente:

Serenísimo Señor,

El Ayuntamiento de esta capital de las Canarias, si bien cumpliendo con la voluntad de V. A. se abstiene de manifestar su gozo con demostraciones públicas de alegría por el fausto acontecimiento de su feliz llegada, no se cree sin embargo, dispensado de la obligación de felicitar a V. A. por medio de esta exposición, ya que no le es dado acercarse como quisiera, a disfrutar el honor de hacerlo personalmente.

En los tres siglos de existencia política que cuenta la provincia, ésta Sr. es la vez primera que un príncipe real pisa su suelo; pero aún que esta circunstancia sola bastaría para excitar el respeto del Ayuntamiento, él ve en la persona de V. A. no un príncipe real solamente, sino un príncipe de la augusta casa que ha hecho la felicidad de la Francia, un príncipe pariente muy cercano de nuestra augusta Soberana, y un príncipe que dedicado a servir a su patria en la gloriosa carrera que ha emprendido, nos da las más lisonjeras esperanzas, de que será algún día su apoyo y que lo prestará igualmente a la España, en virtud de los tratados existentes, si esta nación necesitare los auxilios de su generosa aliada.

Dígnese V. A. oír los votos del Ayuntamiento, que quedarán cumplidos si al separarse de estas riveras lleva grabado en su memoria el recuerdo del aprecio y el amor de los canarios; en cuyo nombre tiene el honor de felicitar a V. A. R. el Ayuntamiento de su capital.

Salas consistoriales de la Muy Leal Noble e Invieta Villa, Puerto y Plaza de Santa Cruz de Santiago de Tenerife, a 5 de septiembre de 1834¹³.

El escrito mereció la respuesta del joven príncipe, a través de unas palabras de agradecimiento que su preceptor, A. Trognon, dirigió al ayuntamiento¹⁴.

Anunciaba también la prensa que el príncipe había permanecido en dicha plaza ocho días, en los cuáles la mayor parte del tiempo estuvo a bordo, pues quiso hacer una correría por estas inmediaciones o interior de la isla, con el objeto de divertirse cazando, pero que el calor era tan excesivo en aquellos días que no

¹³ *Boletín Oficial de Canarias*, 10 de septiembre de 1834.

¹⁴ *Boletín Oficial de Canarias*, 10 de septiembre de 1834. *op. cit.*

pudo salir por no estar acostumbrado, y porque sus preceptores no le dejaron, creyendo que le perjudicaba su salud¹⁵.

Pero estos comentarios de la prensa no parecieron ser del todo ciertos, ya que S. A. descendió a puerto, y visitó algunas partes de la isla. En una carta con fecha de 6 de septiembre, firmada por C. Guigou¹⁶, se relataba que a su bajada a tierra el joven príncipe se hospedó en la residencia del cónsul de Francia, y que a la mañana siguiente montó a caballo con dirección a Las Mercedes, acompañado de varios oficiales de la fragata, del hijo mayor del cónsul y del mismo C. Guigou. Se narra que a la altura de la Madre del Agua, el joven guardia marina se desazonó y que debió regresar a la casa del Sr. Guigou en Las Mercedes donde se le proporcionaron los pequeños medios que estaban allí a su alcance para que se reparase de su desazón; y que, en fin, a la vuelta a la villa de Santa Cruz, se detuvo en casa del citado señor, en donde permaneció todo el tiempo que le pareció oportuno, y desde allí regresó a bordo¹⁷.

El viaje de vuelta a Francia estuvo, sin embargo, marcado por un curioso incidente que quedaría grabado para siempre en la memoria de Francisco de Orleans:

Después de algunos días, los cálculos no parecían correctos y la posición de la fragata era incierta. Empujados con fuerza por la tormenta, contábamos con pequeños claros que de vez en cuando se hacían entre la bruma, para percibir a lo lejos y reconocer un pedazo de tierra, una roca, y después, continuar a través de los escollos que cubrían la ruta hacia Brest. (...) Sin embargo, un hombre permanecía ausente, el comandante (...) que estaba en su camarote, y en el que se resistía

15 *La Revista Española*, núm. 387, 10 de noviembre de 1834.

16 Carlos Esteban Guigou y Pujol (Orange, Francia, 1796 – Santa Cruz de Tenerife, 1851) fue un compositor de origen francés, hijo de Jean Pierre Guigou y de Marie Anne Poujol. No pudiendo realizar estudios de música en el Conservatorio de París, abandonó Francia en la década de 1820, cuando viajó por España y Portugal, donde fue contratado como maestro de capilla del emperador Pedro I del Brasil. A su paso por Madeira y Canarias rumbo al Brasil, decidió instalarse en Santa Cruz de Tenerife, donde conocerá a su futura esposa Matilde del Castillo, sobrina nieta de Tomás de Iriarte, con la cual contrajo matrimonio el 17 de mayo de 1829, y con quien tuvo siete hijos. En Tenerife se hizo cargo de una orquesta de cuerdas que será la base de la sociedad de conciertos llamada *La Filarmónica*, la más antigua de España. Su orquesta se convertiría en 1851 en la Orquesta de la Sociedad Filarmónica. Debíó conocer la llegada del príncipe de Joinville a Tenerife por su amistad con el cónsul de Francia, haciendo de anfitrión en su primera escala en la isla. Entre 1837 y 1838, marchó con toda su familia a Cuba para hacerse cargo de la dirección de una compañía de ópera italiana que actuaba en La Habana. Su esposa falleció en 1849, y él le siguió al sepulcro en 1851. Autor de numerosas piezas musicales, óperas, operetas y tonadillas, compuso Guigou también numerosas obras de cámara y orquestales. Escribió un *Tratado del arte de la Fuga* en 1834, primer escrito en España sobre esta materia y del que se conserva un único ejemplar en la Biblioteca Nacional de París. Véase A. ALFONSO LÓPEZ. *Carlos Guigou (1796-1851). Un compositor francés en Tenerife*. Santa Cruz de Tenerife: Auditorio de Tenerife, 2003.

17 *Boletín Oficial de Canarias*, 10 de septiembre de 1834.

a permanecer, a pesar de las indirectas para que saliese del oficial cuarto, del oficial segundo, del oficial responsable de la ruta. Era, a la vez, incomprensible e inquietante. El comandante d'Oysonville (...) era un hombre amable, muy orgulloso, pero todo menos marino. (...) Con autorización o sin ella, el segundo de abordó tomó el mando y acabó con esta situación. Nuestro valiente comandante no apareció en cubierta sino en el momento de fondear en la rada, cuando toda incertidumbre hubo terminado (...) La preocupación fue tan grande que todos comprendimos como algunos años antes, había perdido en la isla de Pharos, en especiales circunstancias, el navío *Superbe* que capitaneaba. En lo que a mí respecta, aprendí lo que, con el tiempo, pude comprobar: el riesgo que supone para todos una autoridad indecisa, en el mar o en cualquier parte¹⁸.

5. SEGUNDA ESCALA EN TENERIFE: EL VIAJE POR EL OCEANO ATLÁNTICO A BORDO DEL *HÉRCULES* Y LA INFRUCTUOSA VISITA AL PICO DEL TEIDE

Tres años más tarde, en el verano de 1837, la prensa francesa anunció que el rey Luis Felipe y la familia real, después de pasar las fiestas de julio en el palacio de las Tullerías de París, realizarían un viaje a Saint-Cloud y a Eu, pasando algún tiempo por Rouen y Le Havre, antes de que el duque de Orleans marchase a mandar el campamento de Compiègne¹⁹, y de que el príncipe de Joinville se embarcase en Toulon el 30 de julio, a bordo del *Hércules*, navío de 100 cañones comandado por M. Casy, para emprender el viaje de seis meses que debía hacer por el océano rumbo al Brasil²⁰.

Se añadía que el joven príncipe iba a realizar esta campaña en calidad de teniente, y que en consecuencia, saldría de Toulon el 3 de agosto, para ir primero a Gibraltar, acompañado el *Hércules* hasta las puertas del Mediterráneo por la escuadra del Centro, y entrar en el océano, escoltado de un único barco, la corbeta *Favorita*. El príncipe se dirigirá primero a Madeira, y luego a Tenerife, que ya visitó en 1835. De ahí irá a Senegal y Gorea, en las costas de África; después a Santiago de Praia, en las islas de Cabo Verde; a Río de Janeiro y a Bahía, en el imperio del Brasil; a Cayenne; a las Antillas, donde Francisco de Orleans visitará la Martinica, la Guadalupe, Jamaica y Cuba. Finalmente, el navío *Hércules* fondeará en la bahía de Chesapeake, entre la Virginia y Maryland, el tiempo que el

18 F. D'ORLÉANS. *Vieux...*, *op. cit.*, p. 67.

19 *Eco del Comercio*, 4 de agosto de 1837.

20 *El Español*, núm. 610, 4 de julio de 1837.

príncipe de Joinville visitará el interior de los Estados Unidos, para embarcarse luego para Brest. Esta campaña, se rectificaba, duraría probablemente de ocho a diez meses²¹.

Se comentaba también que la tripulación del *Hércules* trabajaba esos días a las órdenes del capitán del navío, M. Casy, para cumplimentar todos los trabajos de puesta a punto del navío, y se hacía especial alusión a la ceremonia de entrega a la tripulación de la bandera nacional francesa. Así, el capitán, rodeado de los oficiales de abordaje, tomando la bandera, la presentó a la tripulación, bajo un repique de tambores, diciendo:

Bravos del *Hércules*, esta bandera es la imagen de la Patria y el recuerdo de nuestro hogar que llevaremos a mares lejanos. Nos recuerda nuestras glorias pasadas, y nos garantiza otras nuevas. A la hora del combate, nos inspira fuerza; durante la paz, nos enseña la disciplina y el deber. Entre vosotros, oficiales, se encuentra un príncipe, en quien la Marina francesa deposita grandes esperanzas. Es un honor contar, entre nosotros, con dicho marino y compartir con él fatigas y peligros. ¡Demos gracias al rey! ¡Bravos marines, que esta bandera y que el hijo del rey den gloria al *Hércules*!²²

La vista de la rada, la disciplina militar de la tripulación, la música que se oía en todas partes, la bandera ondeando en el mástil, estas palabras recién pronunciadas, las esperanzas de ver a bordo al príncipe de Joinville, este entusiasmo y ambiente festivo, todo esto, se decía, “permanecería siempre en la memoria de la tripulación del *Hércules*”²³. Ese mismo día el navío salió de la rada para hacer una prueba, regresando a puerto al cabo de 15 días²⁴.

De acuerdo con el programa fijado, el 30 de julio el joven Francisco de Orleans salió para Toulon, donde se esperaba que embarcase en el *Hércules*, el día 4 o 5 de agosto²⁵.

El 16 de agosto, a las tres la tarde, llegó el *Hércules* a la bahía de Gibraltar. A su llegada, los buques de guerra franceses surtos en el puerto, a los que siguieron los de las demás naciones, como igualmente la plaza, hicieron saludo inmediatamente. Al día siguiente, por la mañana, desembarcó el príncipe de Joinville a

21 *La Presse*, núm. 30, 30 de julio de 1837.

22 *La Presse*, núm. 347, 27 de junio de 1837.

23 *La Presse*, núm. 347, *op. cit.*

24 *La Presse*, núm. 347, *op. cit.*

25 *La Presse*, núm. 30, *op. cit.*

puerto, habiéndole ido a recibir el gobernador sir Alexander Woodford y estado mayor, teniéndole preparada una guardia de honor. Al desembarcar, el gobernador le hizo el cumplimento debido, y en seguida montó en un caballo que se le tenía preparado, para recorrer todas las excavaciones y demás puntos fortificados de la plaza, acompañado de este último y demás jefes, y concluyendo por ver desfilar la tropa de la guarnición. A continuación, asistió a un magnífico almuerzo que se le tenía preparado en su honor.

En su paso por Gibraltar, debió coincidir con el cónsul de Francia en Tánger, ya que, aunque el príncipe debía salir de ahí en derecha para Tenerife conforme al trayecto anunciado, pronto recogió la prensa, sin embargo, que a instancias de aquél, visitaría aquella parte de África²⁶.

En efecto, tras una parada de algunas horas en aquella ciudad, tomó rumbo el *Hércules* con destino a Madeira. Recogía la prensa que durante el trayecto, el comandante había obligado a la tripulación a realizar una serie de ejercicios generales, a los cuales había asistido regularmente el príncipe de Joinville, que realizaba los estudios de Marina: “El príncipe es considerado un ejemplo de perfección. Así lo considera todo el mundo, y así recibe por parte de todos un profundo respeto y dedicación absoluta. A menudo dirige las operaciones principales del navío, y lo hace de maravilla”²⁷.

Sin embargo, uno de aquellos ejercicios quedó marcado por un infeliz suceso, ocasión que demostró el interés de S. A. para con la tripulación. Al parecer, un marinero llamado Couffié, formando parte de la división de abordajes, se cayó desde unas escaleras de cuerda sobre el puente del navío y murió unos instantes después. El príncipe, a quién este suceso le apenó considerablemente, teniendo constancia de que el marinero dejaba una viuda sin recursos, ordenó a su ayudante de campo enviarle 500 francos por la vía más rápida.

El comandante, los oficiales y los marinos quisieron también auxiliar a la pobre viuda, y se anunciaba que se había abierto una suscripción entre ellos, cuya suma iba a ser enviada junto al envío del joven príncipe²⁸.

El 31 de agosto en la tarde, el *Hércules* había quitado la isla de Madeira para llegar a Tenerife. Se decía también que a pesar del triste incidente, el estado de salud del estado mayor y de la tripulación era excelente²⁹.

“S. A. R. es un joven de hermosa figura, lo cual, y el ir vestido con el uniforme de teniente de la marina, le hacía simpatizar con todos los que le veían”³⁰.

26 *Eco del Comercio*, 29 de agosto de 1837.

27 *Journal de Débats Politiques et Littéraires*, 9 de octubre de 1837.

28 *Journal de Débats Politiques et Littéraires*, 9 de octubre...*op. cit.*

29 *Journal de Débats Politiques et Littéraires*, 9 de octubre...*op. cit.*

30 *Eco del Comercio*, 29..., *op. cit.*



Fig. 1 [Emille Lassalle, Retrato de Francisco de Orleans, príncipe de Joinville]Academia Joinvilense de Letras de Brasil

Después de haber visitado Gibraltar, haber realizado una parada de algunas horas en Tánger, pernoctado en Madeira y Funchal, y después de haber recibido de las autoridades y poblaciones de estos diferentes países una acogida llena de cordialidad y verdaderamente digna de un hijo del rey de Francia, el príncipe llegó a la isla de Tenerife, el domingo 3 de septiembre al mediodía³¹. De inmediato, el comandante M. Casy invitó al intendente, gobernador de la plaza, comandante de marina y comandante de artillería, así como a los cónsules residentes en Santa Cruz, para que le acompañasen a bordo a fin de cumplimentar a S. A., en un encuentro que se verificó a la una de la tarde. A su término, el general fue saludado por el navío con 11 tiros. En una carta de uno de los oficiales que viajaban en el *Hércules*, escrita el 11 de septiembre de 1837 y publicada en un diario francés, se decía que

Tanto ruido, un estruendo tan fuerte, no pareció hacer mucha gracia a los habitantes, cuya tristeza era evidente. Esta tristeza estaba completamente generalizada en la isla. Cada rostro mostraba las huellas y el testimonio de la ansiedad que suponía la reciente noticia de la llegada de D. Carlos a las puertas de Madrid³².

³¹ *El Atlante*, núm. 73, 9 de septiembre de 1837.

³² *Journal de Débats Politiques et Littéraires*, 14 de octubre de 1837.

Después de puesto el sol, bajó el príncipe de Joinville a tierra y fue recibido en el muelle por el general y otras autoridades, saludándole la plaza con 21 cañonazos. Y aunque el navío ya había arriado sus banderas, al concluir aquel saludo, las izó de nuevo y, colocando la española al tope mayor, le contestó con igual número. Esa tarde, la tripulación salió de paseo, en medio de una muchedumbre considerable, y a través de la cual era preciso hacerse un hueco a base de golpes. Comentaba en su correspondencia el oficial de la tripulación, que

Las costumbres españolas, el encanto sensual de la mantilla y de los vestidos cortos, que dejaban ver tan finas piernas y hermosos pies, los bellos rostros morenos y los ojos negros, nos dieron bastante tema de conversación. Nos dimos cuenta, en alguna ocasión, que detrás del pequeño celo con el que se protegían del ardor del sol, como nos decía con gracia uno de nuestros guías, éstas se permitían lanzar de vez en cuando algunas miradas fugaces³³.

La noche de la llegada a puerto, con el *Hércules* y la *Favorita* fondeados en la rada de Santa Cruz, la tripulación se apresuró a preparar los proyectos del día siguiente, ocupándose de los últimos cuidados que exigía el suministro de una caravana muy grande. En efecto, eran los deseos de Francisco de Orleans amanecer temprano, para bajar a tierra con una numerosa comitiva, entre ellos su camarada Rigaud de Genouilly, y en un trayecto montando a caballo, dirigirse a visitar el pico de Tenerife, donde quería realizar algunas observaciones a instancias de su profesor M. Pouillet³⁴. El tiempo, desgraciadamente, añadía la prensa, era poco favorable para disfrutar desde aquella altura del magnífico espectáculo que ofrecía, pues la atmósfera se hallaba muy cargada, y aún hoy no había empezado a llover³⁵. Narraba en su carta el oficial del *Hércules*, que

El lunes, a las cinco de la mañana, nuestra caravana, pobremente equipada, partió de la residencia consular. A las cuatro de la tarde llegamos a la Orotava, hermosa pequeña ciudad, remarcable entre otros adjetivos, pero que no ofrecía a los viajeros ni el más modesto asilo. Debíamos dormir en la calle, u hospedarnos en el cabaret de

³³ *Journal de Débats Politiques et Littéraires*, 14..., *op. cit.*

³⁴ F. D'ORLÉANS. *Vieux...*, *op. cit.*, p. 92.

³⁵ *El Atlante*, núm. 71, 6 de septiembre de 1837.

Gil Blas a su partida de Oviedo³⁶. El príncipe no se lo tomó a mal, estaba feliz, realmente feliz por la intensidad de sus recuerdos y de su imaginación. Después de haber almorzado ligeramente y satisfecho su vigoroso apetito, cayó en un profundo sueño sobre un viejo billar, en el que el exceso de su fatiga lo hizo insensible a las picaduras de los miles de insectos que nos devoraban. En cuanto a mí, mucho menos empedernido, no me divertía sino contemplando, en un insomnio sin descanso, el cielo tan elogiado de las islas Afortunadas.

El martes por la mañana nos pusimos en marcha, y recorrimos, en dirección al famoso pico, un país que tiene algunas manifestaciones de cultura, pero cuyo aspecto general es triste, y que se va convirtiendo en estéril y áspero a medida que uno va subiendo a las cumbres de los montes. Unas mulas bien fuertes, aún más rebeldes, sacudían a sus jinetes aquí y allí sobre el suelo, sobre las rocas, las escorias, las piedras pómez, y multiplicaban por su malicia las dificultades del camino; pero la caravana, a pesar de los accidentes frecuentes que sufría, avanzaba con alegría. ¡Nadie se había roto nada, y todo era una maravilla! El príncipe, cansado, aunque no le convenía, con los ojos rojos y la cara encendida, trabajaba bajo el sol, con el mayor de los celos, para reparar los utensilios que el transporte había dañado. Hacía observaciones útiles que el Señor Arago reprochaba tanto al Señor d'Urville por no haberlas hecho. Probaba el nuevo instrumento del Señor Pouillet, el cual tenía el objetivo de medir la cantidad de calor que el sol, a una altura determinada y en un tiempo dado, podía dar en relación a una cierta cantidad de agua. Finalmente, obligados por los guías, continuamos el trayecto hacia la Estancia de los Ingleses, donde debíamos pasar la noche. En dicho lugar, de un aspecto horrible, una suerte de refugio apenas accesible, y como perdido en medio de accidentes volcánicos a 1700 varas, si no más, por encima del nivel del mar, avistamos las nubes, y disfrutamos, en el momento de la puesta de sol, del espectáculo más importante y magnífico. La temperatura era fresca, sobre todo si la comparamos a la de los lugares que habíamos visitado durante el día. Nos parecía a todos que, de un modo extraño, el aire se había dilatado un poco. Y así era: algunos se quejaban de la presión, y otros, más sanos, destacaban que su respiración era más activa. Muchos sangraban por la nariz, y en general, la caravana no parecía disponerse a pasar una buena noche.

³⁶ El oficial del *Hércules* hace aquí alusión a la obra *L'Histoire de Gil Blas de Santillana*, del francés Alain-René Lesage, escrita en 1715, considerada como la última gran novela de la picaresca en Francia.

Esta vez, por el motivo que fuese, el príncipe no durmió. El frío no sólo le impedía dormir, sino que el polvo del suelo, una especie de ceniza siempre agitada por el viento rápido, al mínimo movimiento que hacíamos, se convertía en una masa espesa para producir grandes golpes de tos. Teníamos, además, la aprehensión, fundada con certeza, de que nos caía sobre nuestras cabezas una barrera cíclope que nos servía de abrigo, pero que al escuchar sus retozos, las malditas mulas rebuznaban escorias. Para distraernos del aburrimiento, para matar el tiempo, y lo que era difícil de lograr observando con frecuencia el termómetro, el príncipe cantaba y nosotros cantábamos con él. Mejor dicho, a pesar de nuestro gran interés por la música de Meyerbeer, nuestras roncas voces no parecían acomodarse bien a los huguenots, y preferíamos por el momento los aires de vaudeville y todo lo demás. Las bromas se sucedían sin descanso, mientras yo reía a carcajadas, lo que un inglés nunca sabría hacer en nuestra situación. Finalmente, después de esa buena noche, el sol salió detrás de la montaña y contemplarlo nos llenó de una alegría indecible. Nos pusimos a desayunar, un buen desayuno, lo juro, de galletas marineras, jamón y agua de nieve. Luego partimos deseando alcanzar ese día la cumbre del pico y ver el cráter del volcán.

Nosotros no marchábamos sino a pie, el príncipe siempre a la cabeza. Cuando ya estábamos a punto de tocar la base superior del cono sobre el que el pico descansa, una voz se escuchó detrás de nosotros que gritaba: ¡noticias de Francia! El corazón se nos aceleró, la caravana se detuvo, y vimos llegar al Señor de Las Cases, uno de nuestros jóvenes oficiales, que corría con prisa jadeante, habiendo hecho durante la noche diecisiete leguas de horribles caminos para alcanzarnos. Llevaba consigo despachos dirigidos al príncipe y en virtud de los cuales se daban órdenes a S. A. R. de partir hacia el Mediterráneo. Eran las 7 de la mañana.

A las siete y cuarto rodamos montaña abajo, y doce horas más tarde llegamos a Santa Cruz, con el príncipe a la cabeza, aproximadamente cinco de treinta, calados hasta los huesos por una lluvia fuerte, extenuados y muertos de cansancio. Pero ¿cómo no nos habíamos partido el pescuezo? Ya que estábamos sanos y salvos, no hicimos sino dar gracias al cielo³⁷.

³⁷ *Journal de Débats Politiques et Littéraires*, 14..., *op. cit.*

La prensa, como era de esperar, se hizo eco de la noticia. El bergantín de guerra francés *Oreste*, que había llegado al puerto de Santa Cruz el día 5 de septiembre, y en el que se habían despachado unos pliegos del gobierno de los que era conductor, para el capitán del navío *Hércules* y para el príncipe de Joinville, que se hallaba aún en la expedición al pico del Teide, “llevaba las órdenes de regresar de inmediato”³⁸. Al parecer, se rumoreaba, antes de quitar las Tullerías, el joven príncipe había obtenido de su padre la promesa, y que el rey acababa de cumplir, de que si la expedición de Constantina tenía lugar, llamaría al *Hércules* para permitirle tomar parte en las glorias reservadas a la Marina. El bergantín *Oreste* había, en consecuencia, llevado las órdenes de aviso para que Joinville se dirigiese a Túnez, donde el gobierno agrupaba a fuerzas navales sin igual. Añadía el oficial del navío que

De hecho, el gran viaje proyectado, es, por el momento, retrasado. La orden ha perturbado las ideas del príncipe. Está feliz, pero al mismo tiempo triste. Feliz por la esperanza de asistir pronto a una batalla naval, pero triste por el temor de llegar demasiado tarde. La ansiedad que sufre es legítima, y con él la compartimos. ¡Qué felicidad, si el *Hércules*, que no debía sino dar una vuelta de placer por el mundo, haya sido llamado a prestar eminentes servicios a la marina francesa, y a distinguirse, en medio de los cañonazos, bajo este noble pabellón que le da sombra! No pensamos en otra cosa desde que salimos de Tenerife, y tenemos, se lo aseguro, todo el tiempo que se precisa para pensarlo y volverlo a pensar una y otra vez³⁹.

El 6 de septiembre, y tras una inconclusa visita al pico de Tenerife, la tripulación del *Hércules* y la fragata *Favorita* abandonaron el puerto de Santa Cruz⁴⁰: “Aquí estamos de nuevo en alta mar, y podrá juzgar bien que la dolorosa ansiedad de los habitantes de Tenerife ha aumentado con la impresión que causó en aquella isla nuestra precipitada salida. Navegamos a toda vela hacia la bahía de Túnez”.

Los deseos de Francia de controlar el Mediterráneo y de acabar con la piratería de los argelinos en el mar, resultó en una serie de campañas militares iniciadas en 1830 con la toma de Argel, pero que todavía había dejado a los franceses sin ningún control sobre el interior del país. En septiembre de 1837, las tribus locales al mando de Abd-el-Kader, el emir de Mascara, parecían bregar la posición

³⁸ *El Atlante*, núm. 73, 9 de septiembre de 1837.

³⁹ *Journal de Débats Politiques et Littéraires*, 14..., *op. cit.*

⁴⁰ *El Atlante*, núm. 73..., *op. cit.*

francesa en el norte de África, para lo que el gobierno envió nuevas tropas al mando de la escuadra del almirante Lalande. Anunciaba la prensa que el ejército había salido el día 1 de Merdjev y Ammar, y que llegó delante de Constantina el 6, después de varios encuentros con el enemigo empezando inmediatamente los trabajos del sitio. Caminando las tropas con un tiempo hermoso, no habían tenido todavía ninguna fatiga, ni perdido nada de artillería ni de sus tiros. Se atacó, pues, vigorosamente a la ciudad el día 7, que correspondió con un fuego bien sostenido. Durante dos días bregaron las tropas en Constantina, y el día 9 se había perdido ya a mucha gente. El día 10 se procedió a un ataque general y se tomó definitivamente la plaza⁴¹.

Despachos telegráficos de Argel anunciaron que el duque de Nemours y el príncipe de Joinville, que debió interrumpir su viaje al Brasil, habían llegado a dicho puerto el día 11, y que fueron distinguidamente festejados a su entrada⁴². El príncipe de Joinville, a su llegada a este punto, hizo comprar muchos caballos y salió inmediatamente para Constantina. El navío *Hércules*, que le había traído a bordo, continuaba su viaje a Argel con la fragata *Favorita*⁴³. A su llegada, 48 horas después de la acción, el príncipe llevaba consigo 30 hombres a las órdenes del coronel Bernelle y un convoy de víveres que fue recibido con mucha satisfacción, porque en breve hubieran ya faltado⁴⁴.

En los países extranjeros sólo ha ocurrido una novedad de importancia, y es la toma de Constantina por el ejército francés. Con esta posesión se aseguran y se adelantan las conquistas de la Francia en el territorio africano. No se ha tomado sin embargo la plaza sin gran trabajo y grave pérdida del ejército sitiador, que ha visto morir a su general en jefe, y a otros muchos oficiales de distinción. Dos príncipes de la familia real asisten a aquella campaña, el duque de Nemours y el príncipe de Joinville: el primero mandaba una brigada del ejército expedicionario, y se distinguió en el asalto de la plaza, no menos por su humanidad que por su valor, cualidades ambas que recomiendan mucho a un príncipe (...). En la capital de Francia se ha celebrado como era natural la fausta noticia de la nueva victoria conseguida por las armas francesas, y son muy notables las demostraciones religiosas que el rey ha decretado, dirigiéndose para ello al arzobispo de París. Todo en Francia parece volver lentamente a su verdadero centro de reposo⁴⁵.

41 *El Castellano*, núm. 387, 27 de octubre de 1837.

42 *El Español*, núm. 764, 5 de diciembre de 1837.

43 *El Español*, núm. 728, 30 de octubre de 1837.

44 *L'Indicateur*, 29 de octubre de 1837.

45 *El Guardia Nacional*, núm. 711, 19 de noviembre de 1837.

El 12 y el 13 de septiembre el duque de Nemours y el príncipe de Joinville visitaron los campos, atrincheramientos y otros establecimientos militares. Por la noche asistieron a un baile que les dio la municipalidad⁴⁶. La prensa recogía con entusiasmo la victoria de las tropas francesas y deleitaba a los lectores con pintorescos datos sobre la estancia del príncipe en Constantina. Entre otras cosas, se decía que el joven teniente de navío se había quedado embobado en medio de un *harem* compuesto de 25 a 30 mujeres blancas y de doble número de negras, y que el baile había durado hasta las diez. Igualmente, se decía que en recompensa de este improvisado festejo pidieron las negras y criollas tener libre entrada en el mundo, o lo que es lo mismo, su libertad, pero que no se accedió a su solicitud inmediatamente, lo que generó un alboroto en el palacio⁴⁷. Además, la ciudad de Constantina regaló al duque de Nemours un hermoso caballo completamente enjaezado, pero que hubo rehusado, no por el caballo, sino por la silla, que no era del todo nueva. Se estaba trabajando en procurar otra a toda prisa⁴⁸.

Terminada la contienda, se anunció que los príncipes permanecerían en Bona unos días, y que volverían a Argel en el *Phare*. El duque de Nemours volverá a Francia⁴⁹ y el *Hércules* irá en busca del príncipe de Joinville para seguir su viaje cuyo itinerario tanto han descrito los periódicos, y que visitará Brasil, las pequeñas y grandes Antillas, y que no regresará a Francia sino después de haber pasado un tiempo en algunas radas de los Estados Unidos⁵⁰.

Tomada Constantina, el proyectado viaje por el océano Atlántico del príncipe de Joinville debía seguir su curso. De acuerdo con las noticias que llegaban desde la costa africana, la corbeta *Favorita*, capitaneada por M. de Rosamel, había contactado con Saint-Louis el 30 de noviembre para hacer saber al gobierno que Francisco de Orleans, “quien, según su itinerario, debía parar en este puerto, no le visitará, pero que sin embargo, descenderá en Gorea”. Se añadía que la *Favorita* había perdido al *Hércules* de vista hacia dos días⁵¹.

Pronto llegaron noticias más concretas. Según el capitán Amenc, comandante del navío de tres mástiles *Baobab*, llegado desde Senegal, se decía que el navío *Hércules* y la corbeta *Favorita*, habían llegado el 1 de diciembre a Gorea y que el príncipe había desembarcado y visitado a la colonia, gozando de un buen estado de salud⁵². En este sentido, en una carta desde Gorea del 3 de diciembre, se informaba de que a su llegada el comandante de la estación francesa y el comandante particular de Gorea se apresuraron de inmediato a ofrecer honores a S. A. R.

46 *El Español*, núm. 764..., *op. cit.*

47 *El Español*, núm. 749, 20 de noviembre de 1837.

48 *El Español*, núm. 749..., *op. cit.*

49 *El Castellano*, núm. 387..., *op. cit.*

50 *La Presse*, núm. 101, 9 de octubre de 1837.

51 *Journal des Débats Politiques et Littéraires*, 13 de enero de 1838.

52 *Journal des Débats Politiques et Littéraires*, 13..., *op. cit.*

Esa noche, en la que el estado de salud no parecía haber menguado, a pesar de las fatigas soportadas en Constantina, Joinville descendió a tierra, acompañado del Sr. Casy, Sr. de Rosamel y de numerosos oficiales de la división para asistir a una gran pesca realizada por los marineros del *Hércules*. Los cantos y bailes a los que se entregaron los naturales del lugar en presencia del príncipe parecieron haberle gustado mucho.

El día 2, el príncipe, seguido por el Sr. Hernoux, su ayuda de campo, los comandantes de los dos navíos, del comandante particular de la Gorea y de numerosos oficiales, se dirigió después del almuerzo a la Gran Tierra, al lugar que se llama reino de Dakar, donde el alcalde de Gorea había ya avisado de la llegada de Francisco de Orleans al jefe de los negros, el llamado rey de Dakar. A su encuentro, el monarca estrechó la mano de S. A. R. y le expresó por medio de un intérprete la alegría que le causaba conocer al hijo del rey de los franceses, a quien consideraba como su maestro. Al quitar Dakar, el príncipe de Joinville subió a bordo de la corbeta *Triomphante*, donde el capitán del navío presentó al príncipe a los capitanes y oficiales de los navíos que componían la estación. De ahí volvió a la isla de Gorea y fue saludado, descendiendo a tierra, con 21 cañonazos. La guarnición formaba una hilera en el desembarcadero. La población, que se había situado a lo largo del paseo del príncipe, le saludó con vítores hasta el palacio del gobierno. Después de haberse entrevistado con algunos comerciantes del país, visitó la fortaleza, cuyos trabajos no habían terminado aún, y el hospital, del que se elogiaba tanto su labor.

Recogía el diario *El Atlante* que, a su paso por Gorea, tomó el príncipe a bordo uno de aquellos árboles de enormes dimensiones llamados *baobab*, que pueblan la costa inmediata de aquella isla:

Este árbol magnífico será llevado a Francia, y entregado a los sabios naturalistas de París que tanto tiempo hace que desean someter a su examen esta curiosa especie, que hasta el presente no habían podido tener en sus manos. A S. A. R. el príncipe de Joinville tienen que agradecerse, pues ha sido preciso todo su influjo para que el rey de Dakar dejase derribar un árbol venerado y tenido por sagrado por los habitantes negros de aquella parte de África⁵³.

Al parecer, más de doscientos marineros tuvieron que trabajar un día para llevar a la orilla árbol tan colosal, y costó mucha dificultad ponerlo a bordo,

⁵³ *El Atlante*, 21 de junio de 1838.

nohabiendo, sin embargo, ocurrido desgracia alguna⁵⁴. Se anunciaba también que el Sr. Casy esperaba fondear en Praia, en las islas de Cabo Verde, y dirigirse después a Río de Janeiro, tan pronto como el príncipe, que había proyectado para ese día una gran cacería en la Gran Tierra, regresara a bordo⁵⁵.

Fig. 2 [Firma manuscrita de Francisco de Orleans, príncipe de Joinville]

Archivo Histórico Provincial de Santa Cruz de Tenerife

Fondo Zárata-Cólogan

El 5 de diciembre, Joinville partió para Praia de Santiago, en las islas de Cabo Verde, donde llegó el 7 por la tarde. El cónsul de Francia en aquella ciudad, brasileño de nacimiento, recibió al príncipe y puso a disposición de éste todos los medios para que visitara los puntos más curiosos de la isla. El día 9, antes del amanecer, el *Hércules* partió para Río de Janeiro⁵⁶. La noche del 17 de diciembre pasó el ecuador, como recogieron los diarios:

El paso de la línea fue celebrado a bordo del *Hércules* con grande pompa con todas las extravagantes ceremonias usadas desde lo antiguo y con toda la alegría que éstas inspiran a los marinos. El príncipe de Joinville recibió el bautismo, y prestó el juramento que se exige en iguales circunstancias. La fiesta concluyó a las diez de la noche con un grande espectáculo y un magnífico baile⁵⁷.

⁵⁴ *El Atlante*, 21 de junio..., *op. cit.*

⁵⁵ *La Presse*, núm. 199, 18 de enero de 1838.

⁵⁶ Sobre la visita del príncipe de Joinville a Río de Janeiro, véase F. DE ORLEANS. *Diário de um príncipe no Rio de Janeiro*. Rio de Janeiro: José Olympio, 2006.

⁵⁷ *El Atlante*, 21 de junio de 1838.

El 1 de enero, a las 10 de la noche, ya se encontraba en las proximidades de la rada de Río, donde fondeó a la mañana siguiente. A su llegada, le fueron presentados de inmediato honores militares. Poco después de la llegada de los almirantes extranjeros, los ministros y los encargados de negocios se apresuraron a dar la bienvenida al hijo del rey de los franceses. El emperador del Brasil envió a uno de sus chambelanes, el barón Magellans, para cumplimentar a S. A. R. El ministro de Asuntos Exteriores vino con el mismo propósito en nombre del gobierno imperial⁵⁸.

Se ofreció alojamiento al príncipe de Joinville, por orden de S. M., en el palacio de la ciudad, a lo que aceptó con agrado. No obstante, el príncipe deseaba pernoctar a bordo del *Hércules*. La noche de su llegada descendió a tierra acompañado por el comandante Hernoux, su ayuda de campo, y rindió visita al regente, al ministro de Asuntos Exteriores, al almirante británico y al comodoro americano. El miércoles 3 de enero, fue recibido con los más grandes honores en el palacio de San Cristóbal, donde cenó con la familia imperial el viernes siguiente, y donde debió conocer en persona a la que sería su futura esposa.

Al día siguiente, recibió en el palacio de la ciudad a los oficiales de la corte y a una delegación numerosa de la colonia francesa establecida en Río, con la que conversó largo y tendido. Del 4 al 9, Francisco de Orleans realizó largas excursiones al campo y visitó el célebre Corcovado, colina en lo alto de la cual descubrió una de las más magníficas vistas del mundo entero. El martes 9, el príncipe asistió a un banquete seguido de un baile en el palacio de San Cristóbal. Finalmente, al día siguiente, partió con los oficiales de su rango y numerosos brasileños a la provincia de Minas, que se proponía a visitar con detenimiento. La remarcable actividad desplegada por el hijo del rey de Francia parecía sorprender a los habitantes del Brasil, poco habituados al espectáculo de una juventud tan incansable⁵⁹. “La acogida del príncipe por las autoridades fue brillante, y el afán de la población por el joven representante de Francia y de la dinastía de Julio, no hizo sino aumentar cada día”⁶⁰.

A su regreso de Minas, se anunciaba, el príncipe dará un gran baile a la corte brasileña. El *Hércules* había sido visitado por las colonias inglesa y americana, y por la mayor parte de los habitantes de Río de Janeiro, admirando todos su apariencia militar, los cuidados uniformes y la belleza de la tripulación:

La presencia del príncipe de Joinville ha sido, para la corte del Brasil, ocasión de muchas brillantes fiestas. Los modales afables del príncipe le granjearon al momento el afecto de toda la población de Río, espe-

58 *Journal des Débats Politiques et Littéraires*, 19 de marzo de 1838.

59 *Journal des Débats Politiques et Littéraires*, 24 de marzo de 1838.

60 *Journal des Débats Politiques et Littéraires*, 24 de marzo..., *op. cit.*

cialmente de la parte francesa que ejerce varias clases de industria. Su prosperidad ha llamado más particularmente la atención de S. A. R. que nunca deja de ocuparse de todo lo que puede ser útil a la Francia⁶¹

Francisco de Orleans, a quien la estancia a bordo del navío parecía sentarle bien, gozó en todo momento de buen estado de salud. Pronto se anunció que a partir de finales de mes debía salir para las islas del mar del Sur⁶². Al quitar la rada de Río, el *Hércules* y la *Favorita* se dirigieron a Cayenne, y de ahí a las Antillas⁶³.

En una carta desde la isla de la Guadalupe se informaba que el navío *Hércules* había fondeado el 30 de abril delante del puerto Fleur l'Épée con la fragata *Dido*, al mando de Mr. Labretonière, y las corbetas la *Nayade* y la *Favorita*. Los habitantes de la Guadalupe creían que el príncipe permanecería ocho días lo menos en la isla, pero no sucedió así, pues partió a las veinticuatro horas. La razón era, se decía, que dentro de breves días debía hallarse en Inglaterra para la coronación de la reina⁶⁴. Lo cierto es que después de haber permanecido algunos días en Filadelfia, el *Hércules* siguió con dirección a Pittsburg, proponiéndose llegar hasta Cleveland pasando antes por Albany y Nueva York, para embarcarse en New-Port el 20 de mayo con destino a Europa⁶⁵. A su regreso a Francia, y por Real Decreto de 28 de mayo, Francisco de Orleans fue elevado al grado de capitán de corbeta⁶⁶.

6. TERCERA Y ÚLTIMA ESCALA EN TENERIFE: LA EXPEDICIÓN A BORDO DE LA *BELLE-POULE* EN BUSCA DE LOS RESTOS DE NAPOLÉON Y LA CONCLUSIÓN DE UNA TAREA PENDIENTE, LA SUBIDA AL PICO DEL TEIDE.

Con los deseos de mejorar la reputación de la Monarquía de Julio, muy afectada internacional y diplomáticamente por la cuestión de Egipto, y con indudables ansias de revivir las glorias del pasado de Francia, el nuevo presidente del Consejo, Adolphe Thiers, decidió retomar, en la primavera de 1840, un polémico y delicado proyecto: la repatriación de los restos de Napoleón a París. La medida no tardó en concretarse, y en la sesión del día 12 de mayo, el gobierno francés pidió a la Cámara de Diputados la suma de un millón de francos para trasladar

61 *El Atlante*, 21 de junio de 1838.

62 *La Presse*, 22 de marzo de 1838.

63 *Journal des Débats Politiques et Littéraires*, 2 de abril de 1838.

64 *El Correo Nacional*, núm. 134, 29 de junio de 1838.

65 *El Correo Nacional*, núm. 146, 11 de julio de 1838.

66 *Nosotros*, núm. 106, 6 de mayo de 1838.

desde Santa Elena a Francia los restos del emperador y construir en la iglesia de los Inválidos de París el grandioso sepulcro donde tan preciosos restos debían encerrarse. Decía la prensa del día 13 que la cámara había recibido con entusiasmos aplausos esta comunicación del gobierno y añadía que “los salones del señor presidente del consejo estaban ayer noche llenos de oficiales superiores que han servido a las órdenes de Napoleón, deseosos de felicitar a M. Thiers por la medida que acababa de publicarse”⁶⁷. Parecía también que el príncipe de Joinville, hijo del rey, iba a ser el encargado de traer a bordo de su fragata los restos del emperador⁶⁸, pero que sería acompañado por los generales Bertrand, Gourgaud, Petit y el conde de las Cases⁶⁹.

La expedición a Santa Elena tardó algunos meses en organizarse, lo que no fue óbice para que se fueran concretando algunos aspectos del viaje. Se avanzaba que el príncipe de Joinville marcharía a Santa Elena en el verano, embarcándose en Toulon el 6 de julio y que de acuerdo con el itinerario previsto, el trayecto sería de 4.030 leguas⁷⁰. Se calculaba que si en ese largo trayecto la fragata la *Belle-Poule*, acompañada de la corbeta la *Favorita*, no sufría ningún contratiempo y las circunstancias le eran favorables, podría estar de regreso a finales de noviembre o la primera quincena de diciembre⁷¹. Se concretaba también que junto a Francisco de Orleans, marcharían en la expedición el comandante general barón Gourgaud, ayuda de campo del rey, quien le había encomendado dicho cometido, y que los señores Hernoux y Touchard, uno capitán y el otro insignia de navío, lo harían como asistentes del príncipe, el primero en calidad de ayuda de campo y el segundo en calidad de oficial de ordenanza⁷².

En el mes de julio las noticias de Toulon se multiplicaron. Se anunciaba que el señor príncipe de Joinville “que tiene una manifiesta repugnancia a todas las fastidiosas ceremonias de un recibimiento oficial, se había compuesto también esta vez de manera a huir de los honores, que por orden del gobierno debían hacerse”⁷³. Al parecer, S. A. R. había llegado a Toulon el 6 de julio al amanecer, y apeándose antes de la puerta de entrada, se había dirigido a la prefectura marítima para saludar al almirante y sin más detención pasó a bordo de la fragata la *Belle-Poule*, de la cual era capitán. Se creía que saltaría a tierra para venir a comer en la prefectura marítima, pero también se decía que no quería molestar a nadie⁷⁴:

67 *El Castellano*, núm. 1185, 20 de mayo de 1840.

68 *El Corresponsal*, núm. 356, 22 de mayo de 1840.

69 *Journal des Débats Politiques et Littéraires*, 14 de mayo de 1840.

70 *Journal des Débats Politiques et Littéraires*, 20 de junio de 1840.

71 *La Presse*, 28 de junio de 1840.

72 *Journal des Débats Politiques et Littéraires*, 5 de julio de 1840.

73 *El Correo Nacional*, núm. 910, 17 de julio de 1840.

74 *El Correo Nacional*, núm. 910..., *op. cit.*

No se ha tirado ni un solo cañonazo. El príncipe ha pasado una parte del día en la prefectura de policía, y también ha visitado al arsenal marítimo como simple oficial de marina; pues quiere y tiene el mayor cuidado en que se le trate como a un particular. Hoy estaba dispuesta una revista de tropas; pero se dio contraorden⁷⁵.

El señor Emmanuel de Las Cases, miembro de la Cámara de Diputados, llegó a Toulon en *malle-poste* ese mismo día, al igual que el señor general Bertrand. La prensa acogió con expectación la llegada de los miembros de la expedición, y junto a los nombres que ya se habían anunciado, se añadía ahora el del príncipe de Rohan-Chabot, encargado, según se decía, de redactar el acta de exhumación, así como otros jóvenes amigos de colegio de Francisco de Orleans, que habían sido autorizados bajo diferentes causas a hacer el viaje de Santa Elena⁷⁶. Además, los cuatro antiguos servidores del emperador, Archambaud, Noverrat, Pierron y Saint-Denis, irían también a bordo de la *Belle-Poule*, ocupando, al igual que el padre Coquereau, dos camarotes contiguos a la sala ardiente. El Sr. Marchand lo haría a bordo de la corbeta *Favorita*, comandada por el capitán M. Guyet⁷⁷. La expectación por el viaje no había hecho sino comenzar:

Todos los entusiasmos, grandes y pequeños, parecen haberse despertado con el anuncio de la próxima partida de la expedición. Hace unos quince días que un gran número de peregrinos, más o menos jóvenes, más o menos conocidos, está llegando a Toulon para hacer todo lo posible por embarcarse.

Los deseos de muchos jóvenes por formar parte de la expedición estaban dando lugar a curiosas anécdotas:

Se habla mucho en la ciudad de un joven literato de París que, deseando publicar un volumen sobre la expedición de Santa Elena, logró embarcarse como músico con el nombre de Georges Daniel. El comandante segundo de la fragata, apreciando en él un comportamiento demasiado distinguido para un simple cimbalerero, tuvo rápidas sospe-

⁷⁵ *El Correo Nacional*, núm. 910..., *op. cit.*

⁷⁶ *El Correo Nacional*, núm. 910..., *op. cit.*

⁷⁷ *La Presse*, 9 de julio de 1840.

chas, y después de una larga discusión, le obligó a bajar del navío. El Sr. Wyle, pintor de marinas, ha sido igualmente desalojado; el general Gourgaud, su padre, no ha podido lograr su admisión. Por su parte, un sobrino del Sr. Bertrand, un joven de catorce años, ha sido de igual modo desembarcado de la fragata, sobre la que ya había hecho subir a bordo su equipaje, con la autorización de su tío. Del mismo modo, cuando el príncipe hubo subido a bordo, todas las embarcaciones de la cubierta fueron inspeccionadas. Se temía que alguien pudiera haberse escondido a bordo, y los temores estaban bien fundados⁷⁸.

De acuerdo con un despacho telegráfico de Toulon, la fragata la *Belle-Poule* y la corbeta la *Favorita* partieron con destino a Santa Elena el 7 de julio, a las siete horas y media de la tarde, bajo las aclamaciones de la ciudad entera que se había aglomerado en el puerto⁷⁹. Favorecidos por un buen viento de popa, los dos navíos desplegaron las velas rumbo a África⁸⁰. Diez días más tarde, ambos navíos fondearon en el puerto de Cádiz. Bajaron a tierra, según decía una carta de aquel puerto, los generales Bertrand y Bourgeaud, el hijo del conde de Las Cases, un capellán de honor y varios oficiales de ambos buques. Parece que iban a detenerse todavía en dicho puerto un día o dos más⁸¹. El príncipe de Joinville, en sus memorias, recogió aquella escala, marcada por un divertido recuerdo:

Volví como siempre, con inmenso placer a la blanca Cádiz, e hice un pequeño peregrinaje a la Cortadura, a Trocadero (...) y a Chiclana. A mi regreso, después de un alegre almuerzo, Arthur Bertrand, hijo del general, y bien sabido por todo París que es un juerguista, nos dio el espectáculo de una proeza ecuestre digna de un loco: hizo a matacaballo la travesía de la alameda de Chiclana, cubierta de adoquines resbaladizos, de pie sobre la silla de montar...⁸²

78 *Journal des Débats Politiques et Littéraires*, 15 de julio de 1840.

79 *Journal des Débats Politiques et Littéraires*, 9 de julio de 1840.

80 *La Presse*, 9 de julio..., *op. cit.*

81 *El Correspondant*, núm. 418, 23 de julio de 1840.

82 F. D'ORLÉANS. *Vieux...*, *op. cit.* p. 175.

Con todo, escribían también desde la bahía de Cádiz que

En la expedición viene una compañía de inválidos de guardia imperial, y un joven muy querido del emperador, cuyo nombre nos es desconocido. La fragata está adornada en su interior con la mayor magnificencia, y hemos notado que los sombreros de las tripulaciones y de algunos oficiales están adornados de cintas negras⁸³.

La fragata y la corbeta quitaron el puerto de Cádiz el 21 de julio, para seguir rumbo a Santa Elena⁸⁴. No obstante, volvieron a hacer otra escala, esta vez en Santa Cruz de Tenerife, para repostar agua y víveres, a cuya rada llegaron el 27 de julio⁸⁵.

La escala en la citada isla coincidió, de acuerdo con una carta de aquel puerto, con el décimo aniversario de *los días de Julio*, que fue celebrado singularmente por ambos navíos de acuerdo con instrucciones del príncipe de Joinville. Así, a las ocho de la mañana del día 29, reunida en la rada de Santa Cruz y enarbolando las grandes insignias, la *Belle-Poule* dio una salva de veintiún cañonazos. A lo largo de la mañana, los capitanes realizaron la inspección de la tripulación, y al mediodía volvieron a lanzar una nueva salva de veintiún cañonazos, esta vez repetida por la *Favorita* y el *Voltigeur*, éste último llegado de Cádiz con la correspondencia, y que debía regresar al día siguiente para la Península. Durante la cena, las tripulaciones tuvieron doble ración, las penas de disciplina fueron exoneradas y los trabajos de cualquier género, suspendidos. Con la puesta de sol, la fragata dio una última salva⁸⁶.

Semejante estruendo debió sorprender a los santacruceros, que se agolparon en los aledaños del puerto para contemplar el espectáculo. La llegada del príncipe de Joinville había sido, en efecto, anunciada días antes por el cónsul de Francia al intendente jefe político, Sr. José María Bremond, quien, dada la proximidad de la salida del *Voltigeur* para la Península, se vio privado del honor de acompañar a Francisco de Orleans en su pequeño viaje por el interior de esta isla para ver el pico de Tenerife, proyectado para el día 30, como también recogió oportunamente la prensa⁸⁷. Para ello, el Sr. Bremond escribió una carta a Tomás

83 *El Corresponsal*, núm. 418, 23 de julio de 1840.

84 *La Presse*, 31 de julio de 1840.

85 *Journal des Débats Politiques et Littéraires*, 25 de agosto de 1840.

86 *Journal des Débats Politiques et Littéraires*, 26 de agosto de 1840.

87 *Journal des Débats Politiques et Littéraires*, 25 de agosto de 1840.

Fidel Cologan⁸⁸, en aquel entonces alcalde del Puerto de La Orotava, para que lo hiciera en representación especial suya, y

cuidando de que los Sres. Alcaldes e individuos de municipalidad o cualesquiera otros funcionarios autorizados en los pueblos por donde transite S. A. R. con su distinguida comitiva presten esmeradamente cuantos auxilios pudiese necesitar este ilustre viajero, que tantos títulos tiene a la consideración respetuosa de todos los fieles súbditos de S. M. nuestra querida Reina⁸⁹.

El 30, como estaba previsto, desembarcó el príncipe con su comitiva⁹⁰ y siguiendo las instrucciones del intendente jefe político, Tomás Fidel Cologan,

⁸⁸ D. Tomás Fidel Cologan y Bobadilla de Eslaba (La Laguna, Tenerife, 1813 – La Orotava, Tenerife, 1888) era hijo de don Bernardo Cologan Fallon y de doña María del Rosario Bobadilla de Eslava y Pery. Realizó sus estudios en Francia e Inglaterra, regresando a Canarias en 1833 para asumir la herencia que le correspondía a la muerte de su padre, y que había sido objeto de numerosos pleitos entre su madre y sus tutores. En 1839 contrajo matrimonio en el Puerto de la Cruz con su prima segunda, doña Laura de Cologan-Franchi y Heredia, hija de don Juan Antonio Cologan Franchi, VIII marqués del Sauzal, y de doña María Eustaquia de Heredia y Aspíroz, de la que tuvo posteridad. En 1840, ocupando la vara de la alcaldía constitucional del Puerto de la Orotava, se produjo la visita del príncipe de Joinville a la isla de Tenerife en su expedición a Santa Elena, ejerciendo de perfecto anfitrión por sus conocimientos del francés. Con la llegada del nuevo capitán general de Canarias, don Jaime Ortega, en 1853, Tomás Fidel se vio envuelto como testigo en el pleito sobre el testamento otorgado por la marquesa de San Andrés, lo que terminó en la decisión arbitraria de Ortega de desterrarle a Puerto Rico junto al marqués de San Andrés y el conde del Valle de Salazar, entre otros. De regreso en 1854, por orden de la Reina y mediación de Leopoldo O'Donnell, y ya durante la nueva etapa moderada, es designado de nuevo alcalde del Puerto de la Orotava para el bienio 1857-1858, repitiendo de 1863 a 1866. En 1877 fue propuesto por el gobernador civil de la provincia a senador, cargo que finalmente no aceptó. Figurando siempre como uno de los mayores contribuyentes de las islas, en 1864 fue marqués consorte de la Candia, al suceder su esposa en dicho título a doña Rosalía de Franchi y Villalba. Fue también pionero en el desarrollo del turismo en las islas, a través de la sociedad Hoteles y Sanatorium del Valle de la Orotava, y uno de los principales colaboradores en la confección del *Nobiliario de Canarias*, de Francisco Fernández de Béthencourt. Gran Cruz de la Orden de Isabel La Católica, fue caballero Maestrante de la Real de Sevilla y caballero de la Ilustre y Noble Esclavitud de San Juan Evangelista de La Laguna. Véase F. FERNÁNDEZ DE BÉTHENCOURT. *Nobiliario de Canarias*. Tomo I. La Laguna de Tenerife: J. Régulo Editor, 1952-1967, p. 286 y ss.; M. GUIMERÁ PERAZA. “Tomás Fidel Cologan y Bobadilla”. *Anuario de Estudios Atlánticos*. 33 (1987), pp. 161-220; M. GUIMERÁ PERAZA. “Bernardo Cologan y Fallon (1772-1814)”. *Anuario de Estudios Atlánticos*. 25, 1 (1979), pp. 307-355; M. GUIMERÁ PERAZA. “Los Cologan, Alcaldes del Puerto de la Cruz de la Orotava (siglos XVIII y XIX)”. *Anuario de Estudios Atlánticos*. 38 (1992), pp. 199-250; C. CÓLOGAN SORIANO. *Los Cologan, de Irlanda y Tenerife*. Santa Cruz de Tenerife: C. CÓLOGAN 2010.

⁸⁹ Archivo Histórico Provincial de Santa Cruz de Tenerife, Fondo Zárate-Cologan (en adelante, AHPSTF-FZC), Carta del intendente jefe político José María Bremond a Tomás Cologan, alcalde del Puerto de la Orotava, donde le pide que acompañe al príncipe de Joinville a un viaje al pico del Teide. Santa Cruz de Tenerife, 29 de julio de 1840. Correspondencia en proceso de inventario.

⁹⁰ *Journal des Débats Politiques et Littéraires*, 25 de ag..., op. cit.

acompañó al hijo del rey de Francia en la excursión al pico del Teide, culminando la tarea que años atrás había dejado inconclusa:

En su consecuencia emprendimos la marcha aquel mismo día a las 11 de la mañana y llegamos a la Orotava a las 5 de la tarde sin más que un ligero descanso en el punto llamado Agua García, que hizo necesario el excesivo calor que se sentía. A nuestra llegada me dispensó S. A. el honor de convidarme a comer, cuya distinguida invitación acepté como era de mi deber (...). Al siguiente emprendió el ilustre viajero y su distinguida comitiva el ascenso al Pico, habiendo invertido en esta penosa jornada este día y parte del inmediato 31, restituyéndose a la Orotava en la tarde de este último, sin que ningún accidente desagradable hubiese turbado la felicidad del viaje, el que no obstante se malogró en cierto modo a causa de la fuerte calima o vapor que reinaba en la atmósfera cuya circunstancia hizo que no se descubriesen a la vista las demás islas y aún la mayor parte de ésta permaneció oculta por la misma causa⁹¹.

Aquella subida al pico de Tenerife, quedó grabada para siempre en la memoria del príncipe de Joinville, quien recogió en sus memorias:

El último tramo, todo de piedra pómez ruinoso, que tiene una pendiente muy elevada, es agotador. En la cima se camina sobre una pequeña meseta, cuyo suelo poco firme está cubierto de un amarillo azufre y plagado de fumarolas de la que emergen vapores muy calientes⁹².

Habían tardado dos días en subir y rápidamente el príncipe y la comitiva descendieron a la villa de La Orotava. Vestía de chaqueta y sombrero de palma⁹³. Al parecer, la alta sociedad de la villa, informada de la pronta llegada de Francisco de Orleans, decidió organizar en su honor una tarde de baile, una *garden-party* con la que agasajar a los ilustres viajeros:

91 AHPSTF-FZC, Carta conteniendo un informe de Tomás Cologan al jefe político José María Bremond sobre el viaje de S. A.R. el príncipe de Joinville al pico del Teide. Santa Cruz de Tenerife, 3 de agosto de 1840. Correspondencia en proceso de inventario.

92 F. D'ORLÉANS. *Vieux...*, *op. cit.* pp. 176-177.

93 J. A. ÁLVAREZ RIXO. *Anales...*, *op. cit.*, p. 345.

Una gran tentación, ¡pero menudo aprieto! para todo aquel que acababa de descender de una montaña, habiendo acampado dos noches sin agua y habiendo hecho un esfuerzo tremendo entre las cenizas y la humareda del volcán. No estábamos aseados ni preparados para un baile. Después de un rápido conclave, decidimos que echaríamos a suertes el nombre de tres de nosotros, que se asearían y a quienes prestaríamos nuestras prendas en mejores condiciones para asistir al baile, dejando bien alto, ante las bellas orotavenses, el honor de nuestro pabellón. Nos retiramos a un bosque a hacer el sorteo y a proceder a la puesta a punto de los agraciados. La suerte pareció no sonreírme... yo no fui al baile, pero sí lo hicieron mis botas, y mis camaradas regresaron maravillados por todo lo que habían visto⁹⁴.

De seguido pasaron por el Puerto, donde Joinville no entró en casa de nadie, pero sí los de su comitiva, que lo hicieron en la del alcalde Sr. Cologan, donde se refrescaron un poco. El joven príncipe también aprovechó para visitar el Jardín Botánico y descansar bajo su amena arboleda y arrayanes, sin ceremonias. Después de un pequeño alto en el Agua García, del mismo modo que a la ida, la comitiva regresó a Santa Cruz el primero de agosto⁹⁵. El día 2 de agosto, antes de su partida, Joinville tuvo de nuevo el distinguido obsequio de invitar a almorzar a Tomás Fidel Cologan a bordo de la fragata la *Belle-Poule*, a cuyo término y a modo de agradecimiento, se produjo una especial anécdota. Al bajar a tierra acompañado por un oficial de la fragata, Tomás Fidel Cologan recibió una carta y un paquetito de parte de S. A. R., conteniendo una joya personal⁹⁶:

No quiero dejar esta Isla, Caballero, sin manifestar toda mi gratitud por la acogida que me habéis hecho y las constantes atenciones que os he merecido. El perfecto conocimiento que tenéis de nuestro idioma nos ha hecho fácil un viaje en que no pocas dificultades se ofrecen a un extranjero. Recibid por ello, Caballero, mis sinceras gracias y tened la bondad de hacer presente a Madame Cologan cuanto siento no haber podido aceptar su amable invitación. Permitidme también enviaros como recuerdo el objeto que acompaña a esta carta y tened

94 F. D'ORLÉANS. *Vieux...*, *op. cit.*, pp. 176-177.

95 J. A. ÁLVAREZ RIXO. *Anales...*, *op. cit.*, p. 345.

96 AHPSTF-FZC, Carta conteniendo un informe de Tomás Cologan al jefe político José María Bremond sobre el viaje de S.A.R. el príncipe de Joinville al pico del Teide. Santa Cruz de Tenerife, 3 de agosto de 1840. Correspondencia en proceso de inventario.

por seguro que si la casualidad me trae de nuevo a la Isla de Tenerife, tendré la mayor satisfacción en volveros a ver.
Afectuosamente, Francisco de Orleáns⁹⁷.

El especial gesto del príncipe de Joinville para con Tomás Fidel Cologan marcó la tercera y última visita de este ilustre miembro de la realeza europea a la isla. Por su parte, el intendente jefe político, José María Bremond, escribió una carta de agradecimiento al Sr. Cologan, en la que le expresó sus sinceras gracias y en la que aseguraba que nunca olvidaría “la fineza particular de que le soy deudor por su celoso cumplimiento en el delicado encargo que me pareció conveniente confiarle”⁹⁸.



Fig. 3 [Correspondencia del príncipe de Joinville, con su escudo personal lacrado].
Archivo Histórico Provincial de Santa Cruz de Tenerife. Fondo Zárate-Cologan

Pero el viaje y la misión encomendada a la fragata y la corbeta debían seguir su curso. Después de Tenerife, una travesía muy lenta. Calma, tormentas, muy mal tiempo y, de nuevo, escala en Bahía, Brasil⁹⁹. Poco interesante fue la parada en Bahía, salvo un incidente rocambolesco, en el que Joinville y algunos marines de la fragata, que descendieron a tierra firme a cazar, remontando el río Cachoeira, fueron sorprendidos por una muchedumbre armada:

97 AHPSTF-FZC, Carta del príncipe de Joinville, Francisco de Orleans a Tomás Cologan, agradeciéndole su acogida y enviándole una joya. Belle-Poule, bahía de Santa Cruz, 2 de agosto de 1840. Correspondencia en proceso de inventario.

98 AHPSTF-FZC, Carta de agradecimiento del jefe político a Tomás Cologan por los servicios prestados. Santa Cruz de Tenerife, 3 de agosto de 1840. Correspondencia en proceso de inventario.

99 Sobre la escala del Príncipe de Joinville en Bahía, Brasil, véase la obra de W. F. OLIVEIRA. *O príncipe de Joinville na Bahia, na Ilha de Santa Elena e no Golfo da Guiné (1840-1843)*. Salvador de Bahia: EDUFBA, 2003.

Nos disponíamos a partir de nuevo a la embarcación cuando un gran barullo surgió de la selva y vimos aparecer por todas partes a través del follaje el brillo de las armas. En un abrir y cerrar de ojos, antes de que pudiéramos recuperarnos de la sorpresa, una muchedumbre armada con fusiles, sables, picas, había corrido hacia nosotros gritando, y nos había rodeado, mitad en tierra firme, mitad lanzándose al agua. Tan pronto fuimos capturados como desarmados, separados y molidos a palos, nos llevaron de nuevo a la selva... Sólo quienes vieron el violento ataque del capitán Cook a los salvajes, podrían tener una idea exacta de la escena¹⁰⁰.

El incidente se resolvió con mucha astucia por parte de Joinville, que logró explicar a la muchedumbre la finalidad de su viaje y escala en Bahía, antes de que fuera fusilado. Al parecer, la población se había atemorizado al escuchar los disparos de la cacería, lo que añadido a la imagen de ocho hombres blancos armados y vestidos de un modo muy extraño, acabó por generalizar el terror en la población. Sanos y salvos, cuando llegaron a la fragata, y por si fuera poco, se encontraron al mecánico británico responsable del barco completamente borracho:

Al contarle lo que había ocurrido, corrió a su camarote a buscar una enorme pistola que databa de los tiempos de Cromwell... y la pasamos canutas tratando de impedir que descendiera a tierra para ejecutar él sólo su venganza, a los gritos de “damned Niggers!”¹⁰¹.

La prensa quedó al margen de estos inesperados sucesos, pero continuaba informando de los pormenores del viaje. Según se informaba, habían llegado despachos de Bahía, del 29 de septiembre, que anunciaban que la *Belle-Poule* y su conserva habían partido de la bahía de Todos los Santos el 14 de septiembre, y que siguiendo las costas del Brasil con vientos favorables del ESTE, se dirigían ya al meridiano de Santa Elena. Se suponía que los pasajeros, “cuyo estado de salud había ocasionado una prolongada parada, se encontraban ya mejor”. Como era de esperar, se informaba de que el príncipe de Joinville había aprovechado su estancia en Bahía para abastecer el buque, y que estos gastos, así como los

100 F. D'ORLÉANS. *Vieux...*, *op. cit.*, p. 179.

101 F. D'ORLÉANS. *Vieux...*, *op. cit.*, p. 181.

derivados de sus necesidades privadas, iban a ascender a la suma de 50.000 francos, para cuyo pago se le habían entregado letras del Tesoro¹⁰².

La expectación en la isla de Santa Elena era máxima, y la prensa la avivaba con creces:

Se aguarda de un momento a otro al príncipe de Joinville, y a fin de recibirle con los honores debidos a su clase se están haciendo grandes preparativos. Se ha construido un carro de una dimensión enorme para transportar los restos del emperador, desde la tumba hasta el embarcadero¹⁰³.

Nuevas cartas provenientes de la isla de Santa Elena, que se acababan de recibir en Londres, anunciaron que en la mañana del 8 de octubre, después de sesenta y seis días de viaje desde Toulon, y veinticuatro desde Bahía, la fragata la *Belle-Poule*, que manda el príncipe de Joinville, y que ha de conducir a Francia los restos de Napoleón, acababa de llegar a aquel puerto, dando vista a la ciudad de James-Town, la capital de la isla¹⁰⁴.

Después de haber bordeado la costa toda la mañana, Joinville consiguió hallar un excelente fondeadero muy cerca de tierra. En la rada no había más que dos buques de guerra, el bergantín francés *Oreste*, al mando del cual se encontraba el capitán Daret, y a cuyo bordo se hallaba el hijo del almirante Baudin, despachado desde Gorea por M. de Mackau con pliegos para el príncipe, y la goleta inglesa *Dolphin*, comandada por el capitán Littlehales, que había salido de Portsmouth el 21 de mayo y que traía despachos del gabinete británico para el gobernador de la isla, informándole de que el gobierno de Su Majestad Británica había autorizado la exhumación de los restos de Napoleón Bonaparte y de trasportarlos a Francia, instándole a que hiciera todos los preparativos necesarios, a costa del gobierno británico, para recibir al príncipe de Joinville¹⁰⁵.

Cuando la *Belle-Poule* echó el ancla, el *Oreste* saludó al príncipe, con la tripulación sobre las vergas, al grito de ¡viva el Rey! El *Dolphin* saludó enseguida con veintiún cañonazos, que a continuación la fragata devolvió, saludando después a los fuertes de tierra que respondieron con una salva real de veinte y un tiros¹⁰⁶.

102 *La Presse*, 22 de noviembre de 1840.

103 *El Correspondant*, núm. 479, 22 de septiembre de 1840.

104 *El Correo Nacional*, núm. 1018, 6 de noviembre de 1840.

105 *Journal des Débats Politiques et Littéraires*, 19 de octubre de 1840.

106 *Journal des Débats Politiques et Littéraires*, 3 de diciembre de 1840.

Al entrar en la rada la *Belle-Poule* y aún antes de que anclara, se dirigió a su borda el estado mayor del general Middlemore, gobernador de la isla, vestido de riguroso uniforme y con el comandante del *Dolphin*, para cumplimentar al príncipe. El gobernador, que no pudo salir de Plantation-House, su casa de campo, debido a una grave indisposición, había encargado al teniente Middlemore, su hijo y ayudante, que manifestasen a Francisco de Orleans sus disculpas y que le ofreciesen para alojarse con su comitiva el castillo de James-Town, que según órdenes recibidas de Londres, le estaba preparado¹⁰⁷.

El 9 de octubre por la mañana desembarcó el príncipe de Joinville, de uniforme riguroso, acompañado del comandante Hermoux, su ayudante de campo, de los generales Bertrand y Gourgaud, de M. Rohan-Chabot, comisario regio, de M. de Las Cases, de M. Marchand, de M. de Coquereau, capellán de la *Belle-Poule*, y de muchos oficiales de los tres buques. La guarnición estaba formada en la carrera por donde había de pasar Joinville, quien entró primero en el castillo donde recibió a las autoridades y después pasó a caballo a Plantation-House a ver al gobernador que aún no podía salir de su casa.

Mi primer cuidado ha sido poner en relaciones a M. Chabot, comisario del rey, con el general Middlemore, gobernador de la isla. Estos señores tenían que arreglar según sus respectivas instrucciones, la manera con que debía procederse a la exhumación de los restos mortales del emperador y a su traslación a bordo de la *Belle-Poule*. La ejecución se fijó para el 15 de octubre¹⁰⁸.

Concluida la primera conferencia sobre el objeto de su comisión y los medios de cumplirla, el príncipe se apresuró a ir a visitar el sepulcro de Napoleón en Longwood¹⁰⁹. En los días 11, 12 y 13, mientras el comisario francés arreglaba con las autoridades inglesas todas las disposiciones preliminares que se creyeran convenientes para exhumar y trasladar los restos del emperador, la tripulación de los tres buques de guerra fue conducida por destacamento al sepulcro y a Longwood, y cada individuo pudo así tener un recuerdo de su visita. Los señores Bertrand, Las Cases, Gourgaud y Marchand consagraron aquellos tres días a recorrer los sitios en que tantas veces habían visto y seguido al emperador; y estos nobles compañeros de su cautividad obtuvieron constantemente en sus viajes por

107 *Journal des Débats Politiques et Littéraires*, 3 de dic..., *op. cit.*

108 *El Correspondant*, núm. 557, 9 de diciembre de 1840.

109 *Journal des Débats Politiques et Littéraires*, 3 de dic..., *op. cit.*

la isla las manifestaciones más lisonjeras del respeto y del afecto que a favor de ellos había conservado la población de Santa Elena¹¹⁰.

Se había fijado definitivamente para la ceremonia de la traslación el día 15 de octubre, vigésimo quinto aniversario de la llegada a Santa Elena del agosto desterrado. La víspera, después del mediodía, se habían remitido sucesivamente al valle del sepulcro el carro fúnebre, construido en la isla por orden del gobernador, los féretros llevados de Francia en la *Belle-Poule* y todos los demás objetos necesarios para las operaciones.

A las diez de la noche bajaron a tierra las personas designadas por parte de Francia para asistir a la exhumación, dirigiéndose al lugar de la tumba. Los generales Bertrand y Gourgaud, los señores de Chabot, de Las Cases, Marchand, Arturo Bertrand, el capellán Coquereau y sus dos acólitos, los señores de Saint-Denis, Noverraz, Pierron, Archambault, antiguos servidores de Napoleón, los capitanes de corbeta Guyet, Charner y Dovet, y el médico Rémy-Julien Guillard, cirujano mayor de la *Belle-Poule* y responsable de dar fe de los trabajos en el acta de exhumación¹¹¹, fueron los únicos a quienes se les permitió entrar durante las operaciones en el recinto trazado alrededor del sepulcro. Desde la puesta de sol, custodiaba el valle un destacamento de la guarnición con orden de alejar a cualquier persona que se aproximase, no siendo de las designadas por los comisarios. El general Middlemore había encargado estas funciones al capitán de ingenieros Alexander; y este oficial fue el que acompañado de las autoridades de la isla, recibió en el sitio designado al comisario francés Mr. de Chabot, y a los demás enviados de Francia¹¹².

El príncipe de Joinville, “por motivos de alto decoro que se lo prohibían”¹¹³, no asistió a los trabajos de exhumación. En efecto, como todas las operaciones hasta que llegase el féretro imperial al sitio del embarque debían ser ejecutadas por soldados extranjeros, el príncipe estimó que en su cualidad de jefe superior de la expedición no debía asistir a los trabajos que no podía dirigir; decidiéndose por lo tanto a no pisar suelo inglés, sino a la cabeza de los estados mayores de los buques franceses y en una posición que le permitiera presidir con la mayor solemnidad, todos los honores que, según se le había encargado, debían rendirse a los restos mortales de Napoleón¹¹⁴.

A las doce y media de la noche, comenzaron los trabajos, que continuaron sin descanso por espacio de más de nueve horas. A las nueve y media de la mañana, se había sacado toda la tierra de la bóveda, las capas horizontales habían sido demolidas, y hubo sido levantada con una cabria la gran losa que cubría el

110 *Journal des Débats Politiques et Littéraires*, 3 de dic..., *op. cit.*

111 *La Presse*, 4 de diciembre de 1840.

112 *Journal des Débats Politiques et Littéraires*, 3 de dic..., *op. cit.*

113 *Journal des Débats Politiques et Littéraires*, 3 de dic..., *op. cit.*

114 *Journal des Débats Politiques et Littéraires*, 3 de dic..., *op. cit.*

sarcófago interior. Las obras de albañilería, que por todas partes rodeaban el féretro, no lastimadas por los diecinueve años ya pasados, lo habían preservado tan perfectamente de los efectos de la acción atmosférica y de la fuente próxima, que a primera vista no parecía alterado en manera alguna; el sarcófago de piedra, igualmente bien conservado, apenas estaba húmedo. Luego que el capellán recitó las primeras oraciones, se extrajo la caja con el mayor esmero, y la condujeron descubiertos los soldados de ingenieros a la tienda de campaña levantada cerca del sepulcro para recibirla¹¹⁵.

Imposible es describir la ansiedad y la emoción con que los circunstantes esperaban el momento que debía rebelarles lo que la muerte había perdonado de Napoleón. A pesar de la extraordinaria conservación del sepulcro y de las cajas, apenas esperaban encontrar algunos restos informes, cuya identidad se hubiera solo reconocido por las partes menos precederas del traje; pero cuando la mano del doctor alzó el paño de raso, un sentimiento indefinible de sorpresa y de ternura se manifestó entre los espectadores, de los que la mayor parte prorrumpieron en llanto. El Emperador, tal cual fue, estaba delante de ellos. Las facciones del rostro, aunque alteradas, se reconocían perfectamente, las manos estaban perfectamente hermosas; el traje, tan conocido, había sufrido poco, y sus colores se distinguían con facilidad; las charreteras, las condecoraciones y el sombrero se hallaban en el mejor estado de conservación; la posición del cuerpo estaba llena de abandono, y a no ser por los restos del forro de raso que como una gasa muy fina cubrían mucha parte del uniforme, hubiéramos podido creer que Napoleón se hallaba aún acostado sobre su lecho de gala¹¹⁶.

A las tres y media se puso en marcha el carro fúnebre, precedido de un acólito que conducía la cruz y del capellán de la fragata, presidiendo M. de Chabot el duelo como comisario autorizado por el gobierno francés. Las autoridades de la isla, los principales habitantes y la guarnición entera acompañaron la pompa fúnebre desde la tumba hasta el muelle, pero los sitios más próximos al féretro se reservaron para los individuos de la comisión francesa, sin que se acercaran al carro más que los artilleros de la escolta indispensable para sostenerlo en las bajadas rápidas y para conducir los caballos.

115 *Journal des Débats Politiques et Littéraires*, 3 de dic..., *op. cit.*

116 *Journal des Débats Politiques et Littéraires*, 3 de dic..., *op. cit.*

El cañón de los fuertes anunciaba la marcha del cortejo fúnebre hacia la ciudad de James-Town. Las tropas de la milicia y de la guarnición precedían el carro cubierto con el paño mortuorio cuyas puntas llevaban los generales Bertrand y Gourgaud y los señores Las Cases y Marchand. Las autoridades y los habitantes formaban la numerosa comitiva. En la rada, el cañón de la fragata respondía al de los fuertes disparando cañonazos de minuto en minuto. Desde por la mañana, las vergas estaban caídas, los pabellones a medio izar, presentando igual aspecto de luto los demás navíos franceses y extranjeros. Cuando el cortejo llegó al muelle, las tropas inglesas formaron en parada avanzando el carro lentamente hacia la playa. Vestidos de luto riguroso y la cabeza descubierta, la tripulación de la *Belle-Poule*, a la cabeza de la cual se encontraba Joinville, esperaba que se aproximase el cortejo: a los veinte pasos distantes de la línea que formaban se detuvo y, dirigiéndose hacia el príncipe, el gobernador general le entregó en nombre de su gobierno los restos mortales del emperador. Este solemne momento sería recogido por Francisco de Orleans en sus memorias:

La emoción fue total cuando vimos descender lentamente al ataúd de la montaña, al son de los cañonazos, escoltado por la infantería inglesa con las armas invertidas, la música y el acompañamiento de los tambores, y la bella marcha fúnebre que los ingleses denominan *The dead March in Saul*, pero que no es otra sino la vieja canción *Adeste fideles*, de la religión católica. El general Middlemore, muerto de fatiga, me entregó el cuerpo en el ataúd que fue subido en el bote de la *Belle-Poule*, y que se puso en marcha hacia la fragata. Fue un momento muy hermoso. A la magnífica puesta de sol, le sucedió un crepúsculo de una calma profunda. Las autoridades y las tropas inglesas permanecían inmóviles, cuadradas en la playa, mientras que el cañón de nuestros navíos hacía el saludo real. Yo estaba detrás del bote, sobre el que ondulaba la bandera tricolor bordada por las mujeres de Santa Elena (...) Avanzábamos con una lentitud majestuosa, escoltados por los botes del estado-mayor. Fue muy emotivo, y la escena estaba coronada por un gran sentimiento nacional¹¹⁷.

Inmediatamente, la caja fue colocada en la chalupa dispuesta para recibirla y, aún en este instante, la conmoción fue grande y profunda. El deseo manifestado por el emperador en su última hora empezaba a cumplirse: sus restos reposaban bajo el pabellón nacional. En ese momento, las señales de luto cesaron, tributándose a sus despojos mortales los mismos honores que el emperador había recibido

117 F. D'ORLÉANS. *Vieux...*, *op. cit.*, pp. 182-183.

vivo. En medio de las salvas de los navíos empavesados, formadas las tropas sobre cubierta, la chalupa escoltada por los cañones de todos los buques tomó lentamente el camino que la conducía a la fragata. Llegado a bordo, el féretro, entre dos filas de oficiales, fue colocado en la capilla, que el príncipe de Joinville había mandado ubicar sobre la cubierta de la fragata, flanqueada de dos banderas y de un pabellón de armas, disponiéndose el altar a los pies del mástil, con una guardia de 60 soldados tributando los honores militares. A continuación se celebraron los oficios de difuntos, permaneciendo el cadáver de cuerpo presente durante toda la noche y siendo velado por el capellán del buque y un oficial¹¹⁸.

El día 16 siguiente, a las diez horas, una misa solemne se celebró en la cubierta, en presencia del estado-mayor y de la tripulación. Francisco de Orleans se había dispuesto a los pies del cuerpo. El cañón de la *Favorita* y del *Oreste* lanzaron cañonazos minuto a minuto durante dicha ceremonia, que terminó con una solemnidad que consistió en bendecir con agua bendita el féretro, en la que tomaron parte el príncipe de Joinville, la misión al completo, el estado-mayor y los primeros marinos de los buques. A las once, todas las ceremonias religiosas habían terminado, todos los honores soberanos habían sido rendidos a los restos mortales de Napoleón. El féretro fue descendido con cuidado al entrepuente y ubicado en la capilla ardiente que había sido preparada en Toulon para recibirle. En ese momento, los buques lanzaron una última salva de artillería; después, la fragata, solamente conservando el pabellón de popa y la bandera real ondeando en el gran mástil, permaneció en la rada hasta el día 18, cuando partió de nuevo rumbo a Francia¹¹⁹.

Durante la permanencia de la comisión en James-Town no han cesado de reinar las más amistosas relaciones entre los vecinos de la isla y los franceses. El príncipe de Joinville y sus compañeros recibieron siempre y en todas partes las mayores atenciones y las demostraciones más vivas de simpatía. Profundo sentimiento debió causar a las autoridades y a los habitantes el ver que su isla quedaba privada del féretro que tan célebre la había hecho; pero supieron reprimirlo de manera cortés, lo que honra a la lealtad de su carácter¹²⁰.

118 F. D'ORLÉANS. *Vieux...*, *op. cit.*, pp. 182-183.

119 *Journal des Débats Politiques et Littéraires*, 3 de dic., *op. cit.*

120 *El Correo Nacional*, núm. 1055, 13 de diciembre de 1840.

Después de una travesía feliz, Joinville llegó al puerto de Cherbourg el 9 de diciembre de 1840¹²¹. A su regreso, todas las personas que habían de alguna manera formado parte de la expedición a Santa Elena estaban de acuerdo en afirmar que S. A. había cumplido con creces la gran y honorable misión que le había sido conferida. Todos afirmaban que

“no sólo el comandante de la expedición había hecho en Santa Elena lo que, cualquier francés hubiera realizado para que la memoria del emperador recibiese todos los honores que le eran debidos (...) sino que además había cumplido esta santa misión con la solemnidad necesaria, con la piadosa y severa dignidad que un hijo del mismísimo emperador hubiera acometido, cumpliendo un deber similar”¹²².

La llegada a Francia de los restos de Napoleón resultó en una multitud de solemnes ceremonias¹²³. Con motivo de la revista de la tripulación de la *Belle-Poule* y de la *Favorita*, el rey entregó al comandante de la corbeta la suma de 3.000 francos, con órdenes de distribuirlos inmediatamente a los 400 marinos que habían repatriado a Francia desde Santa Elena los restos de Napoleón. Cada marino recibió 7 francos y 50 céntimos. A los pocos días, se recompensó además a cada uno de dichos marinos con el suplemento de un mes de salario en campaña. En esta misma revista, el príncipe de Joinville anunció que, en honor de la gloriosa misión a Santa Elena, se acuñaría para cada marino una medalla de oro conmemorativa que, de gran belleza, representaba al verso el busto del rey con su manifiesto y al reverso la inscripción siguiente:

Ley de 10 de junio de 1840 por la que se ordena la repatriación de los restos mortales del emperador Napoleón de la isla de Santa Elena a la iglesia de los Inválidos de París, y la construcción de su tumba a cargo del estado. S. A. R. el príncipe de Joinville, capitán de navío,

121 *El Corresponsal*, núm. 557, 9 de diciembre de 1840.

122 *La Presse*, 9 de diciembre de 1840.

123 Para un mayor estudio del traslado de los restos de Napoleón a Francia, véase F. LANGLE. *Exequias del Emperador Napoleón: relación oficial de la traslación de sus restos mortales de Santa Elena a París, descripción de los funerales*. Barcelona: Antonio Bergnes, 1841; L. DEL ARDECHE. *Historia del emperador Napoleón*. Barcelona: Imp. Antonio Bergnes y Compañía, 1840; H. GAUBERT. *Le Tombeau de l'Empereur*. París: Acad. Napoléon, 1951; J.-A. NOVERRAZ. *Souvenir de l'empereur Napoléon Ier: Le retour des cendres*. París: Univers Poche, 2013; J. BOISSON. *Le retour des cendres*. París: Études et recherches historiques, 1973; G. MARTINEAU. *Le retour des cendres*. París: Tallandier, 1990.

comandante de la expedición¹²⁴.

Todos esperaban recibir, a primeros de año, esta honorable recompensa, en preciosa señal de recuerdo¹²⁵.

Días más tarde, los marinos que formaban parte de la tripulación de la *Belle-Poule* y de la *Favorita* fueron recibidos en audiencia por el rey Luis Felipe y la reina, las princesas, los duques de Nemours y de Aumale, y el almirante Duperré, ministro de Marina, en la que se les hizo entrega de la cruz de caballero de la Legión de Honor. La misma distinción fue concedida al capellán Coquereau¹²⁶. Desde París llegaban noticias de que el príncipe de Joinville había sido nombrado contra-almirante¹²⁷.

Ningún incidente ha perturbado el transcurso imponente de esta solemnidad, a la que no hay nada que se le parezca. En todos los rincones, el pueblo asocia a la expresión de su admiración por la memoria del emperador, la de su apego a la dinastía que quiere mantenerla intacta, en el seno de una paz honorable, el glorioso depósito de los recuerdos y de las libertades de Francia¹²⁸.

7. CONCLUSIONES

Del capítulo histórico que hemos abordado con anterioridad pueden extraerse varias conclusiones.

En primer lugar, debe ponerse de relieve la importancia de las islas Canarias en las rutas comerciales y de transporte entre Europa, África y América, derivada de su especial ubicación en el océano Atlántico, desde el siglo XVI hasta nuestros días. El archipiélago no sólo fue un punto de referencia para comerciantes, navegantes y militares, sino que sus accidentes geográficos y naturales —como lo fue y es el Teide, “el pico de Tenerife”— fueron siempre un atractivo para innumerables científicos, botánicos y naturalistas, en definitiva, un foco de atracción para los curiosos viajeros, turistas y aventureros que recalaban en las islas.

124 *La Presse*, 13 de diciembre de 1840.

125 *Journal des Débats Politiques et Littéraires*, 30 de diciembre de 1840.

126 *La Presse*, 28 de diciembre de 1840.

127 *La Presse*, 18 de diciembre de 1840.

128 *Journal des Débats Politiques et Littéraires*, 12 de diciembre de 1840.

En segundo lugar, y como corolario de la anterior, destacan las tres pintorescas y casi novelescas visitas que realizó Francisco de Orleans, príncipe de Joinville, a la isla de Tenerife, en su período de juventud y de formación como guardia-marina de la Armada francesa primero, y como teniente de navío y capitán de corbeta, después; visitas que nunca antes habían sido estudiadas en profundidad, y menos aún recogidas en un único trabajo. Se pone de relieve, con ello, el interés que suscitaba para la sociedad isleña recibir y acoger a viajeros ilustres, haciendo de excelentes anfitriones durante su estancia; más aún, y en el capítulo que nos ocupa, por tratarse de la primera visita que realizó a la isla de Tenerife un miembro de la realeza europea.

Finalmente, de este capítulo histórico pueden extraerse algunas pinceladas sobre la historia de Francia. A pesar de que la Monarquía de Julio debía por todos los medios reforzar su imagen ante la opinión pública, presentándose la repatriación de los restos del emperador Napoleón a París como una oportunidad única para lograr aumentar la popularidad de la Corona, la alta misión encomendada al príncipe de Joinville, tan seguida por la prensa de la época y que le valió ser uno de los hijos más populares de Luis Felipe, no evitó, sin embargo, que años más tarde, en un contexto de tensiones sociales y de crispación política, Francia volviese a liderar una nueva revolución, concluyendo en el colapso de la monarquía constitucional.

JORGE CÓLOGAN Y GONZÁLEZ-MASSIEU